

PARADOJAS DE LA HISTORIA, PARADOJAS DE LA HISTORIOGRAFÍA. LAS PERIPECIAS DEL FASCISMO ESPAÑOL*

por

ISMAEL SAZ

Universidad de Valencia

RESUMEN: *Se sostiene aquí la necesidad de eludir el paradigma del atraso en el análisis de la evolución y peripecias del fascismo español. Como en otros países europeos, la crisis cultural del fin de siglo contempló el surgimiento de una nueva cultura política nacionalista que influiría notablemente en el futuro fascismo español. Al fracaso de éste durante la II República, explicable en clave fundamentalmente política, siguió su conversión en partido de masas durante la guerra civil y su inmediata subordinación a un Estado del que no obstante constituyó un soporte fundamental. El propio régimen franquista, en tanto que dictadura fascistizada, aunque no fascista, puede ser visto como una síntesis peculiar de las dos grandes corrientes del nacionalismo anti-liberal europeo del siglo XX: la nacionalista reaccionaria, ideológicamente preeminente, y la fascista.*

PALABRAS CLAVE: Derecha. Fascismo. Fascistización. Franquismo. Nacionalismo.

ABSTRACT: *The author argues here the importance of avoiding the paradigm of backwardness in analyzing the evolution and vicissitudes of Spanish fascism. Like in other European countries, the fin-de-siècle cultural crisis saw the emergence of a new nationalist political culture, which would deeply influence Spanish fascism in the future. After the failure of the fascist movement during the Second Republic, explicable fundamentally in political terms, there followed its conversion into a mass party during the Civil War and its immediate subordination to the State, to which it*

* Una primera aproximación al tema fue presentada en el Congreso, *Las claves de la España del siglo XX*, Valencia, 24-27 de octubre de 2000, con el título, «El fascismo en España». La presente es una versión reelaborada y notablemente ampliada de aquella ponencia.

nonetheless represented a fundamental support. Franco's regime, as a fascistic —not fascist— dictatorship, may be seen as a peculiar synthesis of the two great currents of the European anti-liberal nationalism in the 20th century, i.e. the reactionary nationalist current, which was ideologically preeminent, and the fascist movement.

KEY WORDS: Right-wing ideology. Fascistization. Fascism. Francoism. Nationalism.

Podría decirse que desde prácticamente siempre el problema del fascismo en España ha aparecido inextricablemente unido al de la dictadura franquista. Por supuesto, las razones para ello son de peso y están ampliamente justificadas como se pondrá también de manifiesto a lo largo de este texto. Sin embargo, lo que se intenta señalar ahora es que esa relación ha tenido con frecuencia efectos negativos tanto para el conocimiento del fascismo español como para el de la dictadura misma.

¿Cuáles son estos efectos negativos? En primer lugar, se ha tendido a establecer una confusión entre el problema del régimen franquista como posible manifestación o concreción española del fascismo y el del propio movimiento fascista, *FE de las JONS*, en tanto que tal. De modo que el problema de la presencia o ausencia del fascismo en España se ha reducido con frecuencia al de la dictadura misma quedando el del movimiento fascista en sentido estricto explícita o implícitamente subordinado a él¹. Así, si se dictaminaba que el régimen era fascista habríamos encontrando finalmente en España nuestra *peculiar* forma de fascismo, pero si se concluía lo contrario el fascismo quedaba casi automáticamente expelido de la historia de la España del siglo XX como algo ajeno, extraño, a las tradiciones o estructuras de la sociedad española.

En segundo lugar, y como consecuencia inmediata de lo anterior, se ha apreciado una cierta tendencia a proyectar sobre el movimiento fascista español algunas de las características ideológicas del régimen. De modo que si se apreciaba en este último un fuerte contenido católico y tradicionalista, estos mismos supuestos venían proyectados sobre el movimiento fascista, el cual habría tenido, desde el principio y a lo largo de toda su trayectoria, ese mismo sesgo. Se tendía a desconocer así que la ideología del movimiento fascista español era en lo fundamental exactamente eso, una ideología fascista. Esto es, una ideología plenamente moderna y secular.

¹ No se trata sin embargo de señalar ningún problema específico de la historiografía española. En última instancia nos hallamos ante una consecuencia o manifestación de lo que podíamos llamar los paradigmas sin sujeto, en este caso sin sujeto fascista, según los cuales las grandes estructuras —sean éstas las del capitalismo, los problemas de la modernización o las propias de la sociedad de masas— explicarían, mucho más que los actores sociales y políticos, la naturaleza, dinámica o funcionalidad de los distintos regímenes. Me he ocupado de esta cuestión en «Repensar el feixisme», *Afers*, n° 25 (1996), pp. 443-473.

En tercer lugar, esa confusión entre movimiento y régimen se ha proyectado retrospectivamente sobre el problema mismo de los orígenes ideológicos de uno y otro. En efecto, si movimiento y régimen eran intercambiables y lo eran también consecuentemente sus ideologías, el problema de los orígenes culturales se convertía asimismo en intercambiable o irrelevante. Se podrían estudiar, por ejemplo, los orígenes ideológicos de un franquismo definido como fascista estudiando la ideología de un grupo ciertamente fundamental pero no fascista, el de *Acción Española*². O se podían buscar líneas de filiación indistintas para uno y otro en el regeneracionismo o el maurismo, en el noventayochismo o en el menendezpelayismo. O se podía, en fin, cargar a la cuenta de la guerra civil los principales rasgos político-ideológicos del régimen franquista³.

En cuarto lugar, todo lo anterior venía a concretarse en la aparición de una serie de diques historiográficos que conducían a una extraordinaria fragmentación de los estudios sobre los orígenes culturales e ideológicos de la derecha española contemporánea. Tendríamos así *unos* problemas culturales e ideológicos en el regeneracionismo; *otros* problemas de similar índole entre 1931 y 1936; *otros* para el periodo de la guerra civil; y *otros* en fin para el franquismo mismo. De todos estos cortes el más significativo ha sido posiblemente el relativo al regeneracionismo y el 98⁴. Circunstancia tanto más llamativa si se tiene en cuenta que es precisamente en ese momento histórico, esto es, en la crisis

² Típico en este sentido, MORODO, Raúl: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, 1985. Algo similar hacía Alfonso Botti cuando trazaba un cuadro general y convincente de la evolución del pensamiento nacional-católico en España subrayando al mismo tiempo con la necesaria contundencia que tal pensamiento no podía considerarse en modo alguno como arcaizante o antimoderno. Todo lo cual no le impedía, sin embargo, situar el proyecto de los fascistas españoles en el interior de la ideología nacional-católica. Cfr., *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, 1992.

³ Véase, TUSELL, Javier: *La dictadura de Franco*, Madrid, 1988, p. 162, donde se lee: «La dictadura de Franco ha de entenderse más que como producto de una ideología precisa como la consecuencia de un acontecimiento histórico, la guerra civil, que supuso el nacimiento de una mentalidad característica de los vencedores de la misma». Carme Molinero y Pere Ysas por su parte —*El règim franquista. Feixisme, modernització i consens*, Vic, 1992, pp. 32-33— recuerdan acertadamente la existencia de definidos proyectos ideológicos y políticos por parte de las fuerzas conservadoras, aunque no dejan de atribuir a la guerra civil el reforzamiento del tradicionalismo católico; aspecto éste que marcaría la diferencia entre la ideología, a pesar de todo fascista, del franquismo y la de otros regímenes fascistas.

⁴ Una vez que fue historiográficamente superado el enfoque de Tierno Galván que si bien erraba al presentar a un Costa prefascista, acertaba a la hora de plantear el problema de la existencia de cierta relación. Podría decirse en este sentido que el problema estribaba en confundir lo que pudo constituir uno de los elementos más importantes en la configuración de un cuadro cultural que está indudablemente en los orígenes del fascismo, aunque sin conducir necesariamente a él, con una cierta prefiguración del fascismo mismo. Cfr., TIERNO GALVÁN, Enrique: *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, 1961. Véase también, en el mismo sentido que aquí apuntamos, ÁLVAREZ JUNCO: «La nación en duda», en Juan PAN-MONTOJO (coord.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, 1998, pp. 405-475.

cultural del fin de siglo, cuando se ponen las bases, en España como en el resto de Europa, de lo que serán las nuevas derechas antidemocráticas y las propias experiencias dictatoriales del siglo XX.

En quinto lugar, todo ello ha podido conducir a una recaída en el paradigma casticista en dos aspectos fundamentales. Primero, el de tratar la evolución de ese pensamiento y esa cultura como si estos no tuvieran nada que ver, o pudieran ser explicado haciendo abstracción de sus relaciones, con los europeos de cada uno de los momentos. Y segundo, el de reintroducir por la puerta del pensamiento y de la cultura el paradigma del atraso. De este modo, la derecha española, de puro aislada y arcaizante, habría terminado por marcar decisivamente las peripecias, a la vez, del movimiento fascista español y de la dictadura franquista misma.

Finalmente, la interrelación de todas estas percepciones podría estar conduciendo en el momento presente a la práctica desaparición del fascismo del mapa de la cultura, la ideología y los movimientos políticos de la España del siglo XX. Se trata de una idea que en cierto modo constituiría un fiel reflejo de cuanto se afirmaba hasta hace poco tiempo de Francia, cuyas tradiciones históricas y políticas habrían hecho imposible la penetración del fascismo en el país de la gran revolución. Claro es que lo que en Francia podía fundamentarse en la "modernidad francesa" en España podía hacerlo en el "atraso español". Pero claro es, también, que la idea se sustenta en Francia como en España en el mito. El mito de Francia, por una parte. El mito de España, por la otra. El primero de ellos, el de Francia, ha sido sometido ya a una crítica radical que ha conducido a un entero replanteamiento de la supuesta inmunidad francesa al contagio fascista⁵.

¿Llevamos camino en España de construir un mito similar al que ahora se deshace en Francia? Lo que nos proponemos señalar en las páginas que siguen es que, rompiendo con todo planteamiento teleológico o "sentido del después", la evolución y peripecias del movimiento fascista español y la del régimen deben ser estudiadas analíticamente por separado en tanto que problemas diferenciados como única forma posible de aprehender sus posteriores conexiones e interrelaciones. Esto es, presentando al segundo como resultante de un complejo juego de procesos, factores y tendencias, una de las cuales era el propio movimiento fascista, y no como una especie de *deus ex machina* que se proyecta sobre el pasado de

⁵ Cfr., STERNHELL, Zeev: *La Droite révolutionnaire, 1885-1914*, París, 1978; y del mismo *Ni Droite ni Gauche. L'ideologie fasciste en France*, París, 1983. Para el debate suscitado por este último libro, véase, COSTA-PINTO, Antonio: «Fascist Ideology Revisited: Zeev Sternhell and His Critics», *European History Quarterly*, nº 16 (1986), pp. 465-483; y WOHL, Robert: «French Fascism Both Right and Left: Reflexions on the Sternhell Controversy», *The Journal of Modern History*, nº 63 (1991), pp. 91-98. De especial interés al respecto, BURRIN, Philippe, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, París, 1986, donde se discuten algunas de las tesis fuertes del historiador isrelí; y MILZA, Pierre: *Fascisme français. Passé et Présent*, París, 1987, donde se asume críticamente la revisión de la marginalidad del fenómeno fascista en Francia.

la sociedad española, el del movimiento fascista incluido. Por supuesto, esto se refiere también al problema de los orígenes culturales e ideológicos de la derecha española del siglo XX cuyas líneas de continuidad y cambio se intentarán abordar por encima de todo dique historiográfico o enfoque casticista.

La discusión del paradigma del atraso constituye en este sentido el ineludible punto de partida. Primero, porque la revisión de este paradigma acometido por la historiografía española en las últimas décadas parece no haber alcanzado el problema de la extrema derecha y la gran dictadura española del siglo XX. Y segundo, porque es precisamente este paradigma con su inseparable acompañante casticista el que parece constituir la única base sólida y a la vez la mejor justificación para la existencia de esa amalgama de diques historiográficos y solapamientos a la que nos venimos refiriendo.

¿FASCISMO SIN FASCISTAS O NI FASCISTAS NI FASCISMO? SOBRE EL PARADIGMA DEL ATRASO

La idea del atraso económico, social, cultural e ideológico constituye, en efecto, el incuestionable aunque no siempre explícito basamento de todos nuestros debates sobre la naturaleza del franquismo y la suerte del fascismo en España. Y esto es así, paradójicamente, tanto para los que sostienen que dados los escasos mimbres del fascismo español, el franquismo no podía ser, y no fue, una dictadura fascista, como para aquellos que sostienen lo contrario.

En el primer caso se trataría de explicar la ausencia de fascismo y el correlativo carácter tradicional español, católico y militar de la dictadura desde un supuesto que Azaña expresó seguramente mejor que nadie: “el país no da otra cosa”⁶. Dicho de forma esquemática, la tesis podría funcionar del siguiente modo: la debilidad o suprema “peculiaridad” de la revolución liberal española habría tenido consecuencias decisivas en tres aspectos fundamentales. En el económico y social, habría determinado un importante atraso que a su vez habría provocado la extrema debilidad de las clases medias y la supervivencia de una fuerte e influyente aristocracia. En el político e ideológico, aquello explicaría la propia debilidad del liberalismo, la presencia abrumadora de la Iglesia y los valores aristocráticos y un característico arcaísmo ideológico de la derecha española contemporánea. Desde el punto de vista de la construcción nacional, en fin, la debilidad del liberalismo español habría tenido su equivalente en su escasa capacidad nacionalizadora y la construcción de un nacionalismo español fuertemente dependiente de los planteamientos católico-traditionalistas.

En consecuencia, con unas clases medias débiles o ausentes, unas derechas ideológicamente arcaicas y timoratas y una débil tradición nacionalista en la que apoyarse, faltarían todas las condiciones para la emergencia de un fascismo

⁶ AZAÑA, Manuel: *Obras Completas*, México, 1968, IV, p. 13.

español digno de tal nombre. En estas condiciones, la suerte a la altura de 1936 estaría prácticamente echada: estaba en la naturaleza de las cosas que el franquismo fuese todo menos una dictadura fascista. De puro arcaica, la derecha española habría permanecido inmune a la tentación fascista. La dictadura misma habría derivado hacia algún tipo de dictadura militar conservadora con mayores o menores adherencias represivas fascistas.

Lo paradójico del caso es, como decíamos, que buena parte de las aseveraciones del carácter fascista de la dictadura se basan en supuestos similares. En España, se afirma, hubo fascismo, porque la dictadura franquista cumplió la misma "función social" o "función histórica" que las dictaduras fascistas, o porque la coalición contrarrevolucionaria en el poder era básicamente la misma⁷. Pero esto, lejos de implicar la asunción de la existencia de un movimiento fascista fuerte, vuelve a descansar con frecuencia en el idea de su extrema debilidad. La cual volverá a explicarse desde el supuesto de que el *país no daba para más*. Sólo que esto no implicaría, ahora, la ausencia de fascismo, sino las *peculiaridades* de esa concreción española de la dictadura fascista que habría sido el franquismo. De este modo, podría afirmarse que puesto que el país era atrasado tuvo un fascismo atrasado o "fascismo de subdesarrollo"⁸; que como no había clases medias, el ejército sustituyó a la milicia fascista; que como ideológicamente era arcaico, la Iglesia fue la principal proveedora ideológica del fascismo español⁹.

En resumen, desde el supuesto de que el *país no daba para más* se puede suscribir tanto una tesis como la otra: la que afirma la inexistencia a efectos prácticos del fascismo en España, como la que afirma lo contrario. Aunque eso sí, ambas coincidirán en que los fascistas españoles en sentido estricto fueron pocos, su base cultural débil y sus apoyos sociales *objetivamente* inexistentes o casi.

Admitamos la existencia de un tercer enfoque, éste menos dependiente de la teoría o paradigma del atraso. Aquel que se esfuerza en *normalizar* la historia de la España contemporánea. En este caso no tendríamos el encadenamientos de atrasos, debilidades y fracasos que terminaría por conducir inexorablemente a la gran dictadura del siglo XX. Desde mi punto de vista, este enfoque acierta al situar los problemas de la contemporaneidad española en el marco europeo, pero termina por extender un manto de *corrección política* a la derecha española contemporánea, especialmente a la de la Restauración. De tal modo que de puro normal y europea, España habría sido económica, social, política e ideoló-

⁷ Véase especialmente CASANOVA, Julián: «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, 1992, pp. 1-28.

⁸ Cfr. TEZANOS, José Félix: «Notas para una interpretación sociológica del franquismo», *Sistema*, n° 23 (1978), pp. 47-99; y SOTELO, Ignacio: «Sociología del franquismo o el franquismo en la Sociología», *Papers*, n. 6 (1977), pp. 165-173.

⁹ Cfr., para esta línea de interpretación, GERMANI, Gino: *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, 1975; COLLOTTI, Enzo: *Fascismo, fascismi*, Florencia, 1989; CASALI, Luciano: *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, 1990; TRANFAGLIA, Incola: *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, 1995, pp. 659-662.

gicamente *homologable* al grueso de las experiencias europeas. Poco hay que objetar a ello. Pero esa homologación termina por valorar positivamente el sistema en su conjunto y a algunos de nuestros grandes estadistas del periodo, se llamen Cánovas o Maura. Sin embargo, y sin negar tales cualidades a estos últimos, habría que añadir que el primero es equiparable —*homologable*, diríamos— a aquellos de entre los otros *grandes* estadistas o políticos europeos que se mostraron más reacios a los avances de la democracia y que el legado político del segundo fue, cuanto menos, ambiguo.

Lo cuestionable es que esta *normalización* conduce a la explicación de los grandes procesos del siglo XX en clave de *paréntesis* o *accidente*¹⁰. O, lo que no es necesariamente mejor, termina por atribuir a algunos *personajes* históricos, colectivos e individuales, las grandes encrucijadas del siglo XX. La cúpula del sistema —Alfonso XIII— o unas izquierdas tan impacientes y radicales como inconsistentes habrían terminado por bloquear el potencial desarrollo en sentido democrático del globalmente satisfactorio sistema de la Restauración. Paradójicamente, además, esta construcción retoma en cierta forma y un poco por la puerta trasera, el paradigma casticista y del atraso. El casticista, porque dado que la mayoría de los regímenes de liberalismo oligárquico europeos entrarán en crisis después de 1917, el caso español sería el más *singular*, ya que habría sido de todos ellos el que respondería a causas menos profundas y estructurales, más superficiales y accidentales. Y del atraso, porque sería la supuestamente escasa movilización de la sociedad española la que explicaría las principales disfuncionalidades y encastillamientos del sistema¹¹.

Y si se vuelve a retomar donde conviene algún elemento del paradigma del atraso, las consecuencias para el problema que nos ocupa no son muy distintas de las anteriormente mencionadas. Con una derecha española en las dos primeras décadas del siglo en lo fundamental homologable a las *buenas* derechas europeas, toda su radicalización del periodo de entreguerras habría de haberse producido por motivos puramente contingentes y a la larga epidérmicos. Se podría sostener a partir de aquí la existencia de un encadenamiento de radicalismos que de la Dictadura de Primo de Rivera a la República y de ésta a la guerra civil habría conducido al franquismo. La dictadura franquista habría

¹⁰ Me he ocupado de ello en, «¿Hi hagué franquisme a Espanya? Reflexions impertinents sobre el lloc històric de la dictadura», *L'Espill*, nº 3 (1999), pp. 120-133. La interpretación de la dictadura en clave de paréntesis ha sido formulada recientemente por Stanley G. Payne —«La política», en José Luis GARCÍA DELGADO (Coord.), *Franquismo. El juicio de la historia*, Madrid, 2000, pp. 233-285— donde se aprecia claramente, además, la fortísima carga conservadora de este tipo de enfoques: «La revolución del 18 de julio no fue un mero rechazo de la república democrática, sino más bien una rebelión contra la falta de democracia y la ausencia de un gobierno constitucional...» (p. 234).

¹¹ Un país que vive en todo o en parte un 37,4% del tiempo (1875-1923) en Estado de excepción, o es un país con una alta movilización social y política o está sometido a un sistema político claramente restrictivo. Véase, GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La razón de la fuerza. Orden público y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, 1998, pp. 54-64.

sido al fin una consecuencia de estos procesos, en los que la derecha española no habría tenido en última instancia más responsabilidad que la de haberse visto atrapada, ella misma, en esa espiral de radicalismos. Una espiral de radicalización y polarización que, a su vez, habría venido a cerrar ulteriormente los espacios para el desarrollo del fascismo. Consecuentemente, tanto la derecha española como el propio fascismo habrían resultado a la larga poco identificables con un franquismo que de alguna forma se habría independizado de ellos, resultando totalmente diferente a cuanto unos y otros habrían esperado durante la II República, y producto al cabo de la figura del propio dictador epónimo.

En suma, el paradigma del atraso en cualquiera de sus permutaciones o residuos descansa, como decíamos, en una idea-mito de España. ¿Qué se puede decir al respecto? Limitándonos a lo que aquí nos interesa, el problema de las condiciones *objetivas* para la existencia de un fascismo fuerte, se pueden hacer las siguientes observaciones¹². En primer lugar, la relación entre fascismo y desarrollo económico o industrial cae de su propio peso si se tiene en cuenta que movimientos fascistas fuertes los tuvieron países de tan desigual desarrollo económico como Italia, Alemania, Hungría o Rumania; mientras que dichos movimientos fueron débiles en otros, no más uniformes desde dicho punto de vista, como el Reino Unido, Francia, España o Portugal¹³. Esto es de aplicación también para lo relativo a la ausencia de clases medias *modernas*. Su presencia en España era mayor de lo que se daba por supuesto, sin que ni siquiera resista mal la comparación con Italia¹⁴.

En segundo lugar, tampoco se sostiene en exceso el mito del arcaísmo ideológico de la derecha española, y menos aún si con ello se quiere apuntar a un supuesto aislamiento político-cultural respecto del resto de Europa. De Donoso Cortés se puede decir todo salvo que sus escritos carecieron de repercusión en la

¹² No entramos, por tanto, en el problema de la revolución liberal y sus supuestas peculiaridades o deficiencias. Sobre ello pueden verse los excelentes balances de RUIZ TORRES, Pedro: «Del Antiguo al Nuevo Régimen: carácter de la transformación», en *Antiguo Régimen y liberalismo. Home-naje a Miguel Artola*, tomo 1, Madrid, 1994, pp. 159-192; CASTELLS, Irene: «La rivoluzione liberale spagnola nel recente dibattito storiografico», *Studi Storici* n° 36 (1995), pp. 127-161; BURDIÉL, Isabel: «Myths of Failure, Myths of Success: New Perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism», *Journal of Modern History*, n° 70 (1998), pp. 892-912; MILLÁN, Jesús: «Burguesía i canvi social a l'Espanya del segle XIX», *Recerques*, n° 28 (1994), pp. 73-80. De especial interés resultan todavía hoy los comentarios sobre la reacción carlista y los excesos revolucionarios del liberalismo español del moderado y artífice de la unificación italiana Camilo Cavour, «Il Risorgimento italiano e le Rivoluzioni inglese, francese e spagnola», *Il Risorgimento*, n° 32, 4.II.1848, ahora en *Tutti gli scritti di Camillo Cavour, raccolti e curati da Carlo Pischedda e Giuseppe Talamo*, Turín, 1976, v. III, pp. 1080-1084.

¹³ Significativamente, el fascismo portugués, el movimiento nacional-sindicalista, fue probablemente el más fuerte en términos proporcionales de entre estos cuatro países al menos hasta 1936. Cfr., COSTA PINTO, Antonio: *Os Camisas Azuis. Ideologia, Elites e Movimentos Fascistas em Portugal, 1914-1945*, Lisboa, 1994, pp. 172-174. Y para la perspectiva comparada, PAYNE, Stanley G.: *Historia del Fascismo*, Barcelona, 1995, pp. 369 ss.

¹⁴ Cfr., SAZ, Ismael: «Las peculiaritats del feixisme espanyol», *Afers*, n° 25 (1996), pp. 623-637.

Europa de la época y en la posterior. Tampoco Menéndez y Pelayo estaba precisamente ayuno en lo que al conocimiento de las grandes corrientes del pensamiento europeo se refiere. Si algo tenían en común Ganivet y Unamuno era, precisamente, como el segundo se encargaba de recalcar, su relación con el exterior¹⁵. Los dos intelectuales que habrían de tener mayor influencia en las dos grandes corrientes de la derecha radical española, la nacionalista reaccionaria y la fascista, Ramiro de Maeztu y Ortega, eran asimismo los más internacionales de nuestros intelectuales. Y no está de más recordar que los D'Ors, Calvo Sotelo, Goicoechea, Vegas Latapie, Lequerica y tantos otros conocían muy bien los avatares intelectuales y políticos de los Barrés, Maurras o Sorel¹⁶.

¿Qué decir, en fin, de la aplicación al problema del fascismo de la doble debilidad de la revolución liberal, el nacionalismo español y la nacionalización española?¹⁷ Habría que recordar, en primer lugar, que el mito y punto de referencia por excelencia en el inicio de algunos de los procesos *fuertes* de nacionalización en Europa, como el alemán, lo constituyó, precisamente, la guerra de la independencia española¹⁸. O, que la frecuentemente mitificada nacionalización francesa no impidió que la Francia de 1940 se plegara con sorprendente facilidad a un régimen de ocupación extranjera y asumiera, con facilidad aún mayor, la instauración de un régimen nacional-católico y fascistizado como el de Vichy¹⁹. De Italia, puede decirse, en fin, que el fascismo constituye en gran parte

¹⁵ «Usted ha rodado por tierras extrañas, puestos siempre su corazón y su vista en España, y yo, viviendo en ella, me oriento constantemente al extranjero, y de sus obras nutro sobre todo mi espíritu». Ahora, en GANIVET, Ángel: *Idearium español*, Madrid, 1996, pp. 179-180.

¹⁶ Entre las últimas aportaciones al respecto cabe citar las siempre clarificadoras de CACHO VIU, Vicente: *Los intelectuales y la política*, Madrid, 2000; y, del mismo, *Revisión de Eugenio D'Ors (1902-1930)*, Barcelona, 1997. De extraordinaria utilidad son también las informaciones contenidas en VILLACANAS, José Luis: *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, 2000, así como en GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, 1998, y, del mismo, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, 2000, por más que quien esto suscribe no comparta algunas de las tesis de estos dos autores.

¹⁷ Conviene precisar que sólo nos referimos aquí, una vez más, a la aplicación al problema del fascismo de las tesis de la débil nacionalización y no a éstas en su conjunto. Puede verse al respecto, «Un debate sobre el Estado de la nacionalización», *Spagna contemporanea*, n° 14 (1998), pp. 139-148.

¹⁸ Cfr., JOVER, José M^a: «España en la transición del siglo XVIII al XIX», en, mismo autor, *Política, diplomacia y humanismo popular*, Madrid, 1976, pp. 139-227; del mismo, «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación, 1808-1814», en *La guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, pp. 41-165; SCHULZE, Hagen: *Estado y nación en Europa*, Barcelona, 1997, pp. 149 ss. Véase también, acerca de los efectos de nacionalización española de la guerra antinapoleónica, ANGUERA, Pere: «Nacionalismo e Historia en Cataluña: Tres propuestas de debate», en Carlos FORCADELL (ed.): *Nacionalismo e Historia*, Zaragoza, 1998, pp. 73-88 (76).

¹⁹ Sobre el régimen de Vichy y el carácter autóctono, y no impuesto, de su «revolución nacional», PAXTON, Robert: *La Francia de Vichy 1940-1944*, Barcelona, 1974, p. 44; BURRIN, Philippe: *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, París, 1995, p. 20; y, del mismo, *Fascisme, nazisme, autori-*

una reacción hacia el menos nacional y nacionalizado de los comportamientos, el de la mayoría de la población italiana respecto de la primera guerra mundial.

Ésta es de hecho, en mi opinión, la cuestión fundamental. Tanto el nacionalismo reaccionario a lo Maurras como el fascismo constituyen en sí mismos la más formidable reacción frente a lo que consideran un fracaso del proceso de nacionalización en sus países específicos. El mito de la nación rota, la nación decadente, la nación postrada o la nación moribunda es, sencillamente, el mito fundacional de los nacionalismos reaccionarios y fascistas contemporáneos, como lo es el de que sólo esos nacionalismos serían capaces de regenerar la nación a través de un proceso de nacionalización efectiva de sus habitantes. Ciertamente, unos, los *nacionalistas* achacaban el problema al abandono de las esencias nacional-católicas de la patria, y otros, los *fascistas*, a la escasa capacidad nacionalizadora o carácter extranjerizante del propio liberalismo²⁰. Y eso es justo lo que pasó en España. Basta recordar a *Acción Española* en el primer caso; y a Ledesma en el segundo²¹.

tarisme, París, 2000, pp. 276-277. Tampoco el nacional-catolicismo es un fenómeno tan *castizo* como con frecuencia pensamos. En realidad ese término puede emplearse también para designar al nacionalismo francés de línea maurrasiana. Véase a título de ejemplo, Cf. BIRNBAUM, Pierre: «Nacionalismo a la francesa», en GIL DELANNOI y Pierre-André TAGUIEFF (Comps.): *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, 1993, pp. 181-201,

²⁰ Dada la confusión semántica que acompaña hoy por hoy el término nacionalista conviene precisar que aquí nos estamos refiriendo al nuevo nacionalismo anti-liberal y anti-democrático que surge en Europa en torno al anterior cambio de siglo. Dentro de él, con el término *nacionalistas* nos referimos a aquellos sectores que se identificaban como tales y como tales eran conocidos en las primeras décadas del siglo, los que terminarían articulándose políticamente como *Action Française*, *Integralismo Lusitano*, *Asociación Nacionalista Italiana* o *Acción Española*. Esto no quiere decir, naturalmente, que no hubiera diferencias importantes entre estos partidos o grupos nacionalistas. Así se podría constatar el menor reflejo decadentista y mayor impulso imperialista del italiano respecto del francés, o como apunta González Cuevas, el mayor peso del componente católico y un cierto rechazo del positivismo maurrasiano en el español, pero no hay duda de que en todos los casos nos hallamos ante una suerte de modernidad reaccionaria construida contra los valores de la Ilustración y la Revolución francesa y que apuesta por el corporativismo de raíz católico-medievalista, el trono y el altar. Véase sobre el nacionalismo italiano, el clásico de GAETA, Franco: *Il nazionalismo italiano*, Roma-Bari, 1981. Sobre las filiaciones, semejanzas y diferencias entre el nacionalismo italiano y los europeos, especialmente el francés, véase, MILZA, Pierre: «Le nationalisme italien vu par l'«Action française» (1911-1915)», y GRANGE, Daniel J.: «Le nationalisme français vu d'Italie avant 1914», ambos en *Italia e Francia: i nazionalismi a confronto*, Milán, 1993, respectivamente, pp. 56-71 y 101-112; así como BUSINO, Giovanni: «Il nazionalismo italiano e il nazionalismo europeo», en *La cultura italiana tra '800 e '900 e le origini del nazionalismo*, Florencia, 1981, pp. 47-68. Para las reflexiones sobre la especificidad española, GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Acción Española...*, *op. cit.*, pp. 157 ss.; y del mismo, *Historia de las derechas...*, *op. cit.*, pp. 307 ss. Tampoco se trata de ignorar, por otra parte, la existencia de otros nacionalismos que pudieran ser liberales, demócratas o fascistas. El nacionalismo mucho más radical y extremo, a la vez que secular y populista, de estos últimos es su principal característica diferenciadora respecto del nacionalismo de los *nacionalistas*.

²¹ Véase Ramiro Ledesma, *¿Fascismo en España ?...*, *op. cit.*, pp. 44-45, donde se expone claramente la tesis de la débil nacionalización como causa de las dificultades del fascismo español: «Hace

UNA DERECHA NO TAN CASTIZA

No hace falta mucha perspicacia —aunque sí abandonar resueltamente viejos clichés— para advertir que el punto de partida en su sentido más amplio de la derecha radical española contemporánea se sitúa en el mismo momento —temático y cronológico— que el del resto de las europeas: en la crisis fin de siglo. Una crisis que gira en torno a dos ejes fundamentales. Por una parte, la revolución cultural que conduce a una puesta en cuestión de todos los valores de la Ilustración y la revolución francesa; y, por otra, las puntuales pero generalizadas derrotas y humillaciones nacionales —o percibidas como tales— que experimentan distintos países en el centro de la vorágine imperialista. Significativamente, ambas crisis se definen o perciben desde la misma idea-mito: la *decadencia*. Decadencia y degeneración de la sociedad y de la civilización burguesa o ilustrada, en el primer caso; decadencia, degeneración y muerte de la nación, en el segundo.

Sumadas ambas decadencias tenemos la base fundamental, la piedra angular, sobre la que se construye el nacionalismo antidemocrático del siglo XX, aquél que funde ambas decadencias para hacer de la nación y el nacionalismo la única posibilidad de regeneración o palingenesis²². A partir de aquí, el recha-

muchos años que es opinión corriente expresar el menguado patriotismo de los españoles. Desde luego si existe está bien recóndito y oculto. Quizá sólo allí donde el patriotismo es forzoso, o sea, en el ejército, y en la entraña popular más profunda, podrían encontrarse síntomas de una fe nacional verdadera..... Nadie busque en otras zonas, donde, notoriamente, la emoción nacional española es, en efecto, parva... Ello es un contratiempo para el desarrollo del fascismo.... Lo extraño de España, en relación con lo que se observa en los demás grandes países, es la ausencia de una doctrina nacional y una política nacional operante en lo que pudieramos llamar zonas conservadoras..... Todos esos países han hecho una revolución nacional.... Pero España no ha hecho su revolución nacional moderna... A falta de una doctrina nacional ambiciosa y de unas fuerzas robustas, hemos tenido y tenemos en España, un factor político de carácter religioso, el ingrediente católico.....». No otro era el lamento de Laín Entralgo tras la guerra civil: «Las actitudes ante el hecho cardinal de nuestra historia contemporánea han sido y son, como se ve, bien diversas (de las de José Antonio Primo de Rivera, ISC); pero todo intento por comprender y conducir cabalmente a España debe partir de él, de esa inexistencia histórica nuestra durante el siglo pasado»; «...apenas he podido encontrar en toda nuestra desatada producción literaria ochocentista alguna opinión profunda sobre la nación española, entendida como peculiar empresa hacedera y no como tarea mimética o como añoranza ucrónica»; «El liberal español de hace cien años entendía o malentendía lo que era una 'nación' —la hazaña política del siglo XIX—; mas no lograba inventar lo que podría hacer una 'nación española'. Hasta abandonaba las condiciones previas de tal empeño, como el mismo poderío nacional. El hecho estupendo de que un progresista 'español' considerase laudable la emancipación de nuestras colonias o la explotación de nuestras minas por capital extranjero es insuperablemente significativo». LAÍN ENTRALGO, Pedro: *España como problema*, Madrid, 1955, pp. 25-31.

²² Sobre la centralidad de la idea de la decadencia en el nacionalismo anti-liberal contemporáneo, véase, GRIFFIN, Roger: *The Nature of Fascism*, Londres, 1993, 38 ss.; STERNHELL, Zeev (dir.): *L'Éternel retour. Contre la démocratie l'idéologie de la décadence*, París, 1994; WINOCK, Michel: «L'éternelle décadence», en, mismo autor, *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, París, pp 103-111.

Hispania, LXI/1, núm. 207 (2001) 143-176

zo de la sociedad contemporánea y su modernidad podrá seguir dos caminos. El primero, el de los *nacionalistas*, abogaría por una crítica de la modernidad que abocaría a la pre-modernidad, rechazando toda la evolución (aunque no necesariamente la económica) de los siglos XVIII y XIX. El segundo, el que encontraría su más clara expresión en el fascismo, abogando por una suerte de pos-modernidad que fuera más allá de la experimentada: más allá, por tanto, del individualismo, el racionalismo, el liberalismo, la democracia, el capitalismo o el socialismo. Pero vale la pena retener que las *armas* de que se sirven ambas construcciones son productos nítidos de la modernidad misma. De un lado, el positivismo en su versión más reaccionaria, la lectura maurrasiana de Comte. Del otro, el romanticismo voluntarista que asume el presupuesto ilustrado de la posibilidad para la voluntad de hacer cambiar el mundo y al hombre, al tiempo que asume el protagonismo popular en la sociedad contemporánea. De esta doble relación con la modernidad surgirá además la extraordinaria fuerza y capacidad de atracción de la derecha antiliberal y antidemocrática del siglo XX. En el primer caso, el *nacionalista reaccionario*, porque marcará un punto de no retorno en la modernización del pensamiento tradicionalista y ultramontano decimonónico. En el segundo, el *fascista*, porque podrá atraer a sectores importantes de las clases populares y aún de la izquierda clásica, viniera ésta del radicalismo nacional-democrático o de algunos sectores obreros.

El caso español se acopla como anillo al dedo a cuanto terminamos de decir. Por supuesto, por la propia magnitud del desastre²³. Pero, sobre todo, porque como las recientes celebraciones del 98 han puesto claramente de manifiesto, la recepción en España de la crisis cultural fin de siglo fue inmediata y efectiva. No hubo que esperar, por tanto, a la derrota colonial del 98 para que la idea de la decadencia y la degeneración social y civilizatoria se instalara entre nuestros intelectuales, aunque sí sirviera para potenciarla y a la vez, “nacionalizarla” al límite. Con dicha crisis cultural se introdujo con fuerza la crítica a los valores de la Ilustración, a la razón, al parlamentarismo, a la democracia y al socialismo. El Barrés que enamoró al joven Ortega y que contagió decisivamente a Unamuno y Azorín, o el influjo de Nietzsche sobre todos ellos, además de sobre Maeztu o Baroja, están ahí para demostrarlo. Por no hablar de los Pompeu Gener u otros que establecieron ya previamente la inquebrantable fusión entre decadencia y degeneración social y nacional. La idea de la decadencia de la patria estaba ya, como se sabe, sólidamente establecida en España. En otro orden de cosas, Menéndez y Pelayo había dicho ya mucho acerca de la decadencia española y sus causas; y el pensamiento conservador de un Cánovas se había construido en gran parte sobre la idea de la decadencia de las razas latinas.

²³ Aspecto sobre el que siguen siendo fundamentales los textos de PABÓN, Jesús: *El 98, acontecimiento internacional*, Madrid, 1953; y JOVER, José M^a: *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, 1979; así como, en un sentido relativamente distinto, GARCÍA SANZ, Fernando: *Historia de las relaciones entre España e Italia. Imágenes, Comercio y Política Exterior (1890-1914)*, Madrid, 1994, pp. 85 ss.

El regeneracionismo y el noventayochismo²⁴ contemplados en su forma más amplia no eran sino un complejo magma nacionalista dispuesto a dar respuesta a la decadencia de la sociedad y la nación españolas. Ciertamente, este nacionalismo no era necesariamente reaccionario o antidemocrático. De algún modo, en sus primeros momentos, tal y como había sucedido también en los casos francés o italiano, cabían en él desde posiciones abiertamente democráticas y socialistas hasta las de la extrema derecha, pasando por todas las posiciones intermedias. Pero conviene señalar que hay diferencias importantes: no serán los mismos los Antonio Machado, Luis Morote o Manuel Azaña que apuestan siempre y consideran indisociable la idea de renovación nacional con la de liberalismo, parlamentarismo, política y democracia, que aquellos que adoptarán desde el principio una oposición tajante entre nacionalismo y liberalismo o que mantendrán durante mucho tiempo una indefinición desde el supuesto, siempre, de la prioridad absoluta de la regeneración nacional.

Asistimos, en cualquier caso, a un primer asalto a los fundamentos de la sociedad, la cultura, la política y el nacionalismo liberales. Se apueste por la desconfianza en el Parlamento, abogando por su desaparición siquiera sea transitoria; se abogue por un dictador llámesele como se llame; se ponga en cuestión el racionalismo y el materialismo desde bases idealistas o religiosas; se cuestionen la democracia y el socialismo como manifestaciones de un igualitarismo repugnante; se defienda la guerra como manifestación de energía vital y nacional; se descubran estratos más profundos de la nacionalidad en el paisaje, en el paisaje, en la lengua, en Castilla o en diversas concreciones del espíritu nacional, el genio nacional o la psicología nacional; se haga descansar todo ello en una suerte de *meta* o *intra* historia; se descubra a un pueblo ausente pero portador de las más puras esencias nacionales, al que además se podría interpretar y dirigir por cauces directos y ajenos al Parlamento; se considere, en fin, que lo importante es, por encima de cualquier otra consideración, la nación española y la nacionalización *española* de las masas. Se produzcan algunas o muchas de estas circunstancias, no hay ninguna duda de que la España de principios de siglo está plenamente inmersa en el clima cultural e ideológico que alumbrará en todas partes a la derecha nacionalista, antiliberal y antidemocrática del siglo XX.

Otra cosa es que en España no se dé una concreción política nítida de este clima cultural. Esto es, que no surja en España un partido nacionalista a lo *Acción francesa* o un partido fascista. Respecto de esto último poco hay que decir, salvo que no hay movimiento fascista alguno con anterioridad a la posguerra europea²⁵. Sobre lo primero debe recordarse que el nuevo nacionalismo anti-

²⁴ A propósito del cual resulta especialmente sugerente la tesis de W.L. Adamson que define el modernismo como un proyecto de «regeneración cultural» de toda una generación intelectual europea. Cfr., «Modernism and Fascism: The Politics of Culture in Italy, 1903-1922», *American Historical Review*, nº 95/2 (1990), pp. 359-390.

²⁵ Sólo Sterhnell ha pretendido ver la existencia de una ideología fascista claramente definida anterior a la primera guerra mundial, generada a mayor abundamiento en Francia. Sin embargo,

liberal tuvo algunas de sus más tempranas concreciones europeas en España: concretamente en Cataluña y el País Vasco, es decir allí donde las organizaciones obreras eran más fuertes y los desafíos de la democracia más acuciantes²⁶. Pero debe tenerse en cuenta sobre todo que el nuevo nacionalismo anti-democrático de Estado sólo se articuló políticamente allí donde el sistema en su conjunto había experimentado un avance decisivo en dirección democrática. Tal fue el caso de la Francia del *affaire Dreyfuss* y *Acción Francesa* (1899); de la democracia Giolittiana y la *Asociación Nacionalista italiana* (1910), de la República portuguesa y el *Integralismo Lusitano* (1914) o el más tardío de la República de Weimar y el *Partido Nacional Alemán del Pueblo* (1918)²⁷. Poca necesidad podía haber en España de un movimiento reaccionario de este tipo antes de 1931, especialmente si se tiene en cuenta que el propio Maurras tenía la mejor opinión del gran arquitecto de la Restauración, Cánovas del Castillo, y del líder de la más importante corriente de renovación y modernización de la derecha española, Antonio Maura²⁸.

Consecuentemente, el magma nacionalista español tardará en definirse. Pero que tardase en hacerlo no quiere decir que no se produjesen avances en dicha dirección. De un lado, en el campo del pensamiento o el mundo intelectual, hombres como D'Ors o Salaverría o Azorín desarrollaban una labor de aproximación a algunos de los supuestos fundamentales del nuevo nacionalismo, y lo mismo hacían la célebre "Escuela romana del Pirineo" —denominación maurra-

como han puesto claramente de manifiesto sus críticos, una cosa es que en la Europa de la preguerra estuviese definido un clima cultural que comprendía algunos o la mayoría de los elementos fundamentales de la futura ideología del fascismo, y otra es reconstruir *ex post facto* dicha ideología, presentando como ya existente una síntesis que aún no se había producido. Esta circunstancia, sin embargo, no invalida en absoluto el acierto fundamental de Sternhell a la hora de dibujar el inequívoco punto de partida que para todos los movimientos de la extrema derecha europea en el periodo de entreguerras constituye la decisiva revuelta cultural del fin de siglo. Sobre Sternhell, véase más arriba, nota n. 5.

²⁶ Cfr., SAZ, Ismael: «Regeneracionismo y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea» en Isabel BURDIEL y Roy CHURCH, eds.: *Viejos y nuevos imperios*, Valencia, 1998, pp. 135-156. Desde este punto de vista, las derivas nacionalistas en Cataluña y el País Vasco, en su versión conservadora, deben ser consideradas como una manifestación temprana y en su momento del más moderno nacionalismo español y europeo. Circunstancia que debe subrayarse dado que regionalismos o nacionalismos «periféricos» y nacionalismo español se han articulado históricamente de una forma harto compleja que ha podido ir de la más absoluta complementariedad al antagonismo radical. El nacionalismo con fuertes tintes maurrasianos del primer regionalismo catalán, el de la *Lliga*, evolucionó hacia posiciones democráticas, mientras que el más maurrasiano de los catalanistas, Eugenio D'Ors, lo hizo hacia el nacionalismo anti-democrático españolista. Paradójicamente, en el País Vasco el nacionalismo de influencia maurrasiana tomó una deriva españolista y se orientó políticamente en la misma dirección que el francés, al tiempo que el aranismo, que bebía de otras fuentes, lo hizo en un sentido alternativo.

²⁷ Obsérvese que esta cadencia cronológica no guarda relación alguna con los distintos niveles de modernización o desarrollo económico de las sociedades respectivas.

²⁸ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Acción Española...*, *op. cit.*, pp. 83-84.

siana donde las haya—, la revista *Hermes* y la tertulia bilbaína del café Lyon D'Or, por donde desfilarían, junto a algunos de los anteriores, personajes tan significativos como Ramón de Basterra, Sánchez Mazas, Pedro Murlane Michelena, Pedro de Eguillor o el cardenal Gomá²⁹. En el plano político, el maurismo aportó ciertos elementos susceptibles de ser desarrollados en clave nacionalista y anti-parlamentaria, con la presencia en sus filas de hombres como Calvo Sotelo, Goicoechea, Delgado Barreto o Lequerica³⁰.

Pero interesa que nos detengamos ahora someramente en la evolución de los dos pensadores más influyentes en la derecha radical o revolucionaria española de los años treinta y del franquismo: Maeztu y Ortega. Dos personajes con evoluciones a la vez similares y profundamente diferentes. Ambos nacionalistas por encima de cualquier otra consideración, y ambos modernizadores y *européizadores*. Con una trayectoria común hasta la pre-guerra mundial, en la que su nacionalismo de base adoptaba perfiles liberales, reformistas, democráticos y aún de un socialismo que, sin embargo, nunca sería marxista y, menos aún, internacionalista. Aunque ciertamente siguiese latiendo siempre en el fondo un sustrato elitista y nietzschano. Y con una trayectoria posterior, que a raíz —como en todas partes—, de la doble experiencia traumática de la Gran Guerra y la Revolución rusa, les alejará por caminos distintos e incluso contrapuestos de los fundamentos de la sociedad liberal.

El caso de Maeztu es claro. Desde parámetros españoles y a la vez profundamente europeos sus presupuestos modernizadores le distanciarán del socialismo reformista, aunque pasando por el gremial, para terminar rompiendo con todo socialismo a favor de una democracia organicista medievalista. Sin renunciar nunca a su visión modernizadora del dinero, romperá abiertamente con toda interpretación *protestante*, *weberiana*, de la función social del mismo. Y descubrirá en la *Crisis del humanismo* una crisis civilizatoria que le abocará a la más radical de las críticas de la modernidad en sus fundamentos subjetivos, individualistas, románticos, voluntaristas y estatistas. En su lugar habría que reconstruir la certidumbre del objetivismo, el clasicismo, la religión y Dios. Había desbrozado así un camino objetivo y racional de vuelta a la premodernidad española, que sólo podía concluir en la doble confluencia con el gran Menéndez y Pelayo, por una parte, y Maurras —cuya influencia, vía Hulme no había sido ajena a su evolución—, por otra. El nacionalcatolicismo, la defensa de la dictadura y de la Hispanidad quedaban así a la vuelta de la esquina. El sustrato modernizador del dinero

²⁹ MAINER, José C.: *Falange y Literatura*, Barcelona, 1971; GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Historia de las derechas...*, *op. cit.*, pp. 246-247.

³⁰ TUSELL, Javier y ÁVILÉS, Juan: *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*, Madrid, 1986; GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, 1990; GIL PECHARROMÁN, Julio: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, 1994.

y el nietzschiano del poder habían encontrado finalmente en el trono y el altar el más efectivo y a la vez profundo de sus fundamentos³¹.

Más complejo y ambiguo es el proceso de Ortega y Gasset quien, a diferencia del anterior, no romperá nunca abiertamente con su liberalismo constitutivo. Lo que no quiere decir que en su evolución no vayan apareciendo los elementos suficientes como para cuestionar hasta sus mismos cimientos la sociedad liberal y democrática. Especialmente en *España invertebrada* donde, como se sabe, hasta el mito fundacional de todo nacionalismo, el de la decadencia, será convertido, para España, en un absoluto. Sólo que esto se hace para subrayar hasta el extremo su concepción elitista y aristocrática de la historia, no exenta del populismo que apela al pueblo “que lo ha hecho todo”, pero sólo hasta ese límite elemental e infranqueable que las masas carentes de liderazgo jamás pueden superar³². Por lo demás, no falta nada en este libro: la crítica de Kant, la Ilustración, el “materialismo” y el “progresismo” de los siglos XVIII y XIX³³; la defensa de la violencia o el poder de la fuerza, “gran cirugía de la historia” así como de la superioridad vital y moral de la ética del guerrero sobre la del industrial³⁴; una concepción jerárquica y organicista de la nación, en cuyo seno nacen las clases y los grupos profesionales³⁵; un enfoque proyectivo de esa misma nación en tanto que unidad de destino en el que no falta una dimensión dominadora y expansionista; una defensa de la nacionalización a través de fuertes empresas incitadoras, como la guerra, en las que se produce un “apretar las filas de las energías vitales”³⁶. Y, por último, una apuesta por la salida de la decadencia española que pasa por la más inquietante *posmodernidad*³⁷.

Cierto, éste no es todo Ortega, aunque es también Ortega. Pero no hay ninguna duda de que la obra se situaba prácticamente, bien que sin atravesarlas, en las puertas del fascismo y lo hacía, además, porque, y no a pesar de que,

³¹ Sobre Maeztu véase especialmente BOTTI, Alfonso: *Cielo y dinero...*, *op. cit.*, pp. 59 ss.; y VILLACAÑAS, José Luis: *Ramiro de Maeztu...*, *op. cit.*

³² ORTEGA Y GASSET, José: *España invertebrada*, Madrid, 1999, p. 109

³³ *Id.*, pp. 92ss

³⁴ *Id.*, pp. 29-33

³⁵ *Id.*, pp. 55-56

³⁶ *Id.*, p. 57.

³⁷ El párrafo no tiene desperdicio: «Si ciertos pueblos —Francia, Inglaterra— han fructificado plenamente en la Edad Moderna fue, sin duda, porque en su carácter residía una perfecta afinidad con los principios y problemas «modernos». En efecto, racionalismo, democratismo, mecanicismo, industrialismo, capitalismo, que mirados por el envés son los temas y tendencias universales de la Edad Moderna, son, mirados por el reverso, propensiones específicas de Francia, Inglaterra y, en parte, de Alemania. No lo han sido, en cambio, de España. Mas hoy parece que aquellos principios ideológicos y prácticos comienzan a perder su vigor de excitantes vitales, tal vez porque se ha sacado de ellos cuanto podían dar. Traerá esto consigo, irremediabilmente, una depresión en la potencialidad de las grandes naciones, y los pueblos menores pueden aprovechar la coyuntura para instaurar su vida según la íntima pauta de su carácter y apetitos». Y sigue: «Las circunstancias son, pues, excelentes para que España intente rehacerse» (pp. 130-131).

incluía a la Monarquía y la Iglesia entre los particularismos y fuerzas des-nacionalizadoras que anatematizaba³⁸. Ésta sería su gran diferencia respecto de Maeztu, pero no respecto del fascismo. De hecho, las diferencias entre Maeztu y Ortega no eran sino las que se daban entre dos cuadros culturales que serían los que separarían los dos tipos de nacionalismos antidemocráticos que hemos venido analizando y que resultarían decisivos en lo sucesivo. A los *acompañantes* dentro de estos cuadros culturales de Maeztu nos hemos referido más arriba. Entre los de Ortega hay que situar claramente a los *noventayochistas*, en su nacionalismo esencialista, populista e irracionalista³⁹, y dentro de ellos muy especialmente al Unamuno de la mística nacional y de la exaltación de la guerra —de la civil y de la imperialista— como factor de nacionalización⁴⁰. Los primeros habían estado siempre o se habían aproximado al sistema establecido, a la Monarquía, la Iglesia y las élites económicas. Los segundos o no se habían aproximado tanto o se habían distanciado con mayor o menor estrépito. Eran ciertamente no-conformistas. No fueron nunca fascistas. Pero el no-conformismo fascista encontraría en ellos sólidos motivos de inspiración. De ambas cosas serían perfectamente conscientes, como se sabe, los fascistas españoles⁴¹.

³⁸ No tiene nada de particular, por tanto, que el libro fuese considerado como un auténtico breviario por los fascistas españoles. Para Giménez Caballero, por ejemplo, habría sido como «un devocionario de ideas, como una intangibilidad de puntos de vista, como una especie de dogma intelectual», GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo*, Madrid, 1939 (1932), p. 50. En sentido similar se expresaron otros dirigentes fascistas, aunque, claro es, no faltase casi nunca el oportuno *reproche* por su supuesta falta de coherencia. Típico en este sentido el «Homenaje y reproche a Don José Ortega y Gasset», de José Antonio Primo de Rivera, *Haz*, 5.XII.1935. Como es sabido, el propio Ortega llegaría a vanagloriarse de la influencia del libro sobre «un grupo de la juventud española que ha ejercido una intervención muy enérgica en la vida española».

³⁹ Cfr., ÁLVAREZ JUNCO, José: «La nación en duda», *op.cit.*, pp. 465 ss.

⁴⁰ Véanse a título de ejemplo, «Ambientes de guerra», «Nubes en el horizonte» «Restauración españolista» y «Antipatías internacionales». Todos ellos en UNAMUNO, Miguel de: *De patriotismo espiritual. Artículos en «la Nación» de Buenos Aires, 1901-1914*. Edición y notas de Victor Ouimette, Salamanca, 1997.

⁴¹ No se trata, por supuesto, de ignorar las diferencias entre Unamuno y Ortega, pero sí de constatar que el nacionalismo de ambos difería, por su carácter moderno y secular, del más claramente reaccionario de Maeztu, maurrasianos y mauristas, y que fue precisamente eso lo que propició su *adoración y cortejo* por los fascistas españoles, de Giménez Caballero a Ramiro Ledesma y de éste a José Antonio Primo de Rivera. Por lo demás, la reciente historiografía sobre el fascismo parece abrigar pocas dudas a la hora de situar a Unamuno y Ortega entre los pensadores europeos que más contribuyeron al cuestionamiento de los valores de la Ilustración y a minar los fundamentos de la democracia liberal. Véase, por ejemplo, STERN, Fritz: *Politique et désespoir. Les ressentiments contre la modernité dans l'Allemagne prénazie*, París, 1990, pp. 301 ss.; STERNHELL, Zeev: «La modernité et ses ennemis: de la révolte contre les Lumières au rejet de la démocratie», en Zeev STERNHELL (dir.), *L'Éternel Retour. Contre le démocratie l'idéologie de la décadence*, París, 1994, pp. 9-37; y del mismo, *The Birth of Fascist Ideology*, Princeton, 1994, p. 256.

Mientras Ortega y Maeztu evolucionaban en las direcciones apuntadas llegaron a España las primeras noticias y ecos del fascismo italiano. Sin embargo, no hubo fascismo en España digno de tal nombre en la década de los veinte. Ciertamente, hubo algunas copias pálidas, interesadas y de escasa consistencia como el grupo barcelonés de *La Trazza*, la publicación *La Camisa Negra* o el intento de lanzamiento desde *La Acción* de una fantasmagórica *Legión Nacional*. Determinados grupos de la patronal, barcelonesa y madrileña especialmente, recibieron con entusiasmo el éxito del fascismo italiano y hasta acariciaron una cierta idea de emulación. Unos y otros intentaban, sin embargo, adecuar el éxito de los *fasci* a la situación española desde perspectivas más reaccionarias o utilitarias que efectivamente fascistas⁴².

Pero no se trata, tampoco, de explicar la escasa proyección de estas iniciativas en términos de un supuesto atraso o falta de preparación de la sociedad española para una experiencia fascista. Por una parte, porque tan rápida adaptación de un fenómeno como el fascismo italiano todavía incipiente no se dio en casi ningún sitio. Por otra, y sobre todo, porque lo que revela la situación española de la época es la existencia de otras claves y procedimientos de articulación y resolución de los conflictos de clase allá donde se presentaron en su forma más aguda y dramática: en Barcelona. El *Somatén* y el *Sindicato Libre* constituyen ejemplos nítidos de ello. Y si del segundo puede decirse que prefiguró algunos rasgos del fascismo⁴³, vale la pena recordar que el primero constituía para Gramsci nada menos que el precedente más directo del fascismo⁴⁴.

Si algunas de las experiencias mencionadas permiten hablar en cualquier caso de un primer y tímido impulso en la línea de la fascistización de las derechas españolas, algo similar podría afirmarse, aunque sólo hasta cierto punto, respecto de la propia dictadura de Primo de Rivera. Pero ésta, en tanto que primer asalto del nacionalismo conservador, vino a demostrar la fortaleza de la tradición liberal española. Una tradición que ni siquiera el dictador quiso o

⁴² TUSELL, Javier y AVILÉS, Juan: *La derecha española contemporánea...*, op. cit., pp. 272 ss.; REY, Fernando del y BENGOCHEA, Soledad: «En vísperas de un golpe de Estado. Radicalización patronal e imagen del fascismo en España», en *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, pp. 301-326; REY, Fernando del: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas empresariales en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, 1992, pp. 808 ss.; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y REY, Fernando del: *La defensa armada contra la revolución*, Madrid, 1995, pp. 143ss.

⁴³ GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, 1999, p. 246.

⁴⁴ «En España la organización de la pequeña y media burguesía en grupos armados se ha verificado antes que en Italia, se inició en los años 1918 y 1919...» Y continuaba: «España es un país ejemplar. Representa una fase que todos los países de la Europa occidental atravesarán si las condiciones económicas generales se mantuvieran... En Italia atravesamos la fase atravesada por España en 1919: la fase del armamento de las clases medias y de la introducción en la lucha de clases de métodos militares de asalto y del golpe por sorpresa», «Italia e Spana» (11.3.1921), en GRAMSCI, Antonio: *Sul fascismo. A cura di Enzo Santarelli*, Roma, Ed. Riuniti, 1973, pp. 105-107.

pudo desafiar abiertamente y que cuando amagó o intentó hacerlo fue a costa de perder apoyos sociales y políticos determinantes⁴⁵.

La dictadura constituyó, pues, desde este punto de vista, una encrucijada para el país y para las propias derechas españolas. Una encrucijada que no supo resolver, pero que se demostraría decisiva de cara al futuro. Había venido a interrumpir un proceso, el de la etapa final de la Restauración, que, cualquiera que sea la dirección que queramos apreciar en él, estaba lejos de constituir un avance importante y decisivo en dirección democrática. Consecuentemente, las dosis de radicalización de la derecha española eran todavía insuficientes. Sin embargo, la propia dictadura y las reflexiones sobre la misma constituirían el gran libro en el que, tanto por sus errores o defectos como por sus aciertos o logros, leería la derecha radical española⁴⁶. Para el nacionalismo reaccionario, la dictadura de Primo de Rivera resultó insuficientemente dictatorial, en exceso conciliadora con el gran enemigo socialista, ideológicamente incoherente y en general incapaz de asumir aquello en lo que el fascismo se había demostrado más eficaz: en la destrucción de la democracia y el socialismo.

Para los nacionalistas no-conformistas la experiencia resultaría negativa aunque aleccionadora en otro sentido. El inequívoco sesgo conservador y derechista de la dictadura la hizo desde el principio escasamente atractiva. No había solucionado ninguno de los problemas de fondo y, desde luego, se había demostrado incapaz de generar una dinámica de innovación, de movilización de las energías nacionales y de cohesión nacional y social⁴⁷. Por si fuera poco, había terminado por granjearse la enemistad de la mayor y mejor parte de la intelectualidad del país⁴⁸. Ni había tenido, por supuesto, nada de revolucionaria. Para muchos de los nacionalistas regeneracionistas cuyo no-conformismo y radicalismo social les hacía sentirse fuera del sistema la experiencia de la dictadura no aportó nada que pudiera alejarles de tales sentimientos. Todo lo contrario, les impulsó por reacción en una dirección democrática tentativa, o simplemente les ratificó en la idea de que la única revolución nacional posible era la que podría encarnar la República.

⁴⁵ Cfr., GÓMEZ NAVARRO, José Luis: *El régimen de Primo de Rivera*, Madrid, 1991, especialmente, pp. 519-523.

⁴⁶ Cfr., MORODO, Raúl: *Los orígenes ideológicos...*, op. cit., pp. 21 ss.

⁴⁷ Fue Giménez Caballero, en lo que puede considerarse una de las primeras apologías del fascismo publicadas en España, quien mejor supó expresar estas diferencias. Según éste, frente a la España del dictador que «descansa, engorda y se abanica», se alzaría la Italia de Mussolini que consideraría como únicos pecados «la quietud, la falta de ardor, el silencio, la ironía y la panza». En la primera habría una situación, por liberal, burguesa; el fascismo en cambio, «movimiento de nuevas valoraciones y de juventud», sería anti-burgués y anti-liberal, y el Estado fascista imperialista, audaz y emprendedor. *Círculo imperial*, Madrid, 1929, pp. 52-54.

⁴⁸ GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva: *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1988.

EL FASCISMO EN LA HORA DE LA DEMOCRACIA

La era de la democracia, la República, sería la hora del fascismo. Especialmente la de aquellos que esperaban que la República fuera una auténtica revolución nacional con efectos inmediatos de integración social y cohesión nacional, de nacionalización de las masas. Esta era, desde luego, la *primera* oportunidad de la democracia, pero a la luz de las expectativas en ella depositadas iba a ser la *última*; y con un margen de confianza mínimo. Por supuesto, la democracia española, la II República, no se ajustó a tales expectativas: la lucha de clases se agudizó, el socialismo presentó su carta de derechos y los *separatismos* amenazaban la cohesión y hasta la unidad nacional. Y si la democracia no cumplía la *función* que se le había asignado, había que buscar otras fórmulas que fueran más allá de ella para conseguir tales objetivos. Esto es lo que hizo Ortega, aunque supiera detenerse nuevamente en la *puerta del infierno*⁴⁹. Una puerta que iban a franquear, sin embargo, muchos de los que se habían formado en sus enseñanzas.

El fascismo español, más allá de los tibios y efímeros intentos de la década de los veinte o de la gesticulación reaccionaria de Albiñana con su *Partido Nacionalista Español*, inició su trayectoria en la forma que conocemos. La introducción y difusión de la buena nueva llevada a cabo por Giménez Caballero, de probados efectos germinales. La aparición de *La Conquista del Estado*, grupo y semanario, con hombres como Ramiro Ledesma o el propio Giménez Caballero, Juan Aparicio, Santiago Montero, Nicasio Álvarez Sotomayor o Francisco Guillén Salaya, en lo que constituiría una buena agrupación de gentes procedentes de la vanguardia cultural, el comunismo o la CNT. El surgimiento en Valladolid de las *Juntas Castellanas de Acción Hispánica*, lideradas por Onésimo Redondo y en las que el entusiasmo por el fascismo no ocultaba la procedencia católica y conservadora de la mayor parte de sus militantes. La fusión posterior de ambos grupos en las *Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (JONS)*. La formación del *Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español (MES-FE)* en el que confluían defensores de la dictadura de Primo de Rivera, con el hijo del dictador, José Antonio, a la cabeza, y orteguianos como Alfonso García Valdecasas, Eliso García del Moral y Antonio Bouthellier. La aparición pública de *Falange Española* que une a los elementos de continuidad con el MES el apoyo financiero de los monárquicos alfonsinos, acompañado de la integración en el nuevo partido de algunos hombres de dicha procedencia. La posterior fusión de FE y JONS en una organización cuyo escaso éxito propiciaría su crisis y el abandono

⁴⁹ Nos referimos especialmente al Ortega que se distancia inmediatamente de la República y al Ortega del gigantesco partido nacional y del nacional-trabajismo, el que quiere situarse por encima de las divisiones entre izquierda y derecha, o al que pretende ir más allá del capitalismo y el socialismo para conseguir una economía organizada con el obrero y el capital como órganos de la nación. Lo de la *puerta del infierno*, se ha tomado de ELORZA, Antonio: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, 1984, p. 210. Véase también, VARELA, Javier: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, 1999, pp. 177-227.

de la misma por los que habían mantenido su fidelidad monárquica, por una parte, y por algunos de los más radicales, con Ramiro Ledesma al frente, por la otra. La consolidación, en fin, de *FE de las JONS* como un partido plenamente fascista bajo la hegemonía absoluta de José Antonio Primo de Rivera, pero que fracasará no obstante en su pretensión de convertirse en un partido de masas⁵⁰.

¿Qué se puede decir de este fascismo español? Lo primero, sin duda, es que era fascismo en sentido estricto. Presentaba, como habrá podido apreciarse en el párrafo anterior, la típica síntesis fascista en cuanto a la procedencia ideológica y cultural de sus primeros integrantes: desde reaccionarios radicalizados hasta los hombres provenientes de la vanguardia cultural, desde monárquicos hasta ex-comunistas y ex-cenetistas, desde antiguos maurrasianos hasta orteguianos⁵¹.

Sobre todo, el partido fascista español, FE de las JONS, tenía una ideología absolutamente fascista. No otra cosa reflejan los 27 puntos que conformarán el programa del partido: un ultranacionalismo o nacionalismo absoluto que se proyecta hacia adentro, contra todo interés, división o fractura interior, exigiendo la subordinación absoluta a la nación de individuos, clases y regiones; así como hacia fuera, con una inequívoca reivindicación imperialista (puntos 1 al 5). La construcción de un Estado totalitario como instrumento imprescindible para garantizar esos objetivos ultranacionalistas (puntos 6 al 8). El populismo en su doble vertiente de apelación a la participación directa de las "clases laboriosas" en el Estado nacionalsindicalista y en la del radicalismo social apreciable en las referencias a la reforma agraria, el capitalismo o la banca (puntos 9-22). El mito de la revolución y de lo nuevo (punto 26). Y un pensamiento mítico-religioso que hace de la nación el objeto principal de culto, que subordina absolutamente la educación a este principio y que dota al partido milicia de las pertinentes connotaciones místicas (puntos 23 al 26).

Incluso las referencias a la Iglesia Católica, contra lo que con frecuencia se ha subrayado en exceso, siguen las líneas propias de los movimientos fascistas.

⁵⁰ Entre la reciente bibliografía sobre el fascismo español, cabe destacar PAYNE, Stanley G.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, 1997; THOMAS, Joan Maria: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, 1999 y RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, 2000. De imprescindible consulta, especialmente para todo lo relativo a la presencia de la antigua vanguardia literaria en el fascismo español, es SELVA, Enrique: *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, 1999. Véase también SAZ, Ismael: «Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español», *Revista de Estudios Políticos*, nº 50 (1986), pp. 179-211.

⁵¹ Circunstancia ésta última a la que generalmente no se reconoce la debida importancia. Y sin embargo, discípulos directos o indirectos de Ortega eran o habían sido Giménez Caballero, Ledesma Ramos, García Valdecasas, García del Moral, Alfonso Bouthellier o Salvador Lissarrague. El propio Primo de Rivera no escondería sus deudas, tan crecientes como ostensibles, con el maestro. Y a la vuelta de la guerra civil, la plana mayor, el *brain trust* del fascismo español, integrado por algunos de los anteriores, recogería también a los José M^a Maravall, Díez del Corral, el muy noventayochista y orteguiano, Laín Entralgo, etc. Dicho de otro modo, la élite política e intelectual del fascismo español, *antes, en y después* de la guerra civil estuvo formada en gran parte por orteguianos.

Con un reconocimiento algo mayor, tal vez, a la importancia de la religión, lo que le aproximaría a otros movimientos fascistas como la rumana *Legión del Arcángel San Gabriel*. Pero siempre desde el principio explícito del primado de la nación sobre la Iglesia. Así, el movimiento “*incorpora(ría) el sentido católico*”; lo que queda bastante lejos de una inspiración directa o indirecta en la doctrina de la Iglesia. Y a propósito de ésta, el reconocimiento de la necesidad de concordar con el Estado las respectivas facultades venía acompañado de una nítida advertencia: “sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional” (punto 25).

Movimiento, pues, plenamente fascista tanto en lo ideológico como en lo que tenía de típica síntesis fascista en cuanto a los lugares de procedencia cultural, ideológica y política de sus integrantes. Lo que debe subrayarse porque en función de la posterior experiencia franquista tiende a olvidarse que FE de las JONS, en tanto que concreción específica del fascismo español, era un movimiento moderno, secular y radical, distinto de la derecha reaccionaria, católica y tradicionalista.

Naturalmente, esto no quiere decir que no tuviese su propia singularidad. Como en todos los fascismos europeos y dentro del mínimo fascista había varios fascismos dentro del fascismo⁵². Había por supuesto un mayor componente católico y tradicionalista en Onésimo Redondo; como había un mayor radicalismo laico, nacional y social en Ramiro Ledesma. Alguno de los más próximos y fieles acompañantes de José Antonio Primo de Rivera, como Sánchez Mazas, provenían, lo que tampoco era una excepción, del sector intelectual más próximo a las tesis de Maurras. El propio José Antonio tenía fuertes vínculos originales con la derecha reaccionaria y los llamados “hombres de la dictadura”.

La nota más sobresaliente de todo esto la constituye probablemente, la propia evolución del hijo del dictador, el cual pasó, en palabras de Ledesma, de fascistizado a fascista⁵³. Esto es, de una aproximación epidérmica y hasta cierto punto instrumental al fascismo hasta su conversión en un fascista genuino. Sin embargo, el fascismo joseantoniano mantuvo o adquirió algunas improntas en este su camino de Damasco. Por una parte, el esteticismo literario y el clasicismo, propio de las “escuelas romanas” de estirpe maurrasiana, por contraposición al romanticismo; por otra, mucho del elitismo aristocratizante orteguiano. El resultado fue una suerte de fascismo *naïf* que no era por eso menos fascista pero que se resolvía en una serie de contradicciones cuando no incoherencias: reivindicaba, impulsaba y organizaba la violencia, pero no dejaba de experimentar un cierto disgusto ante sus manifestaciones más concretas y directas; sabía que debía conquistar y movilizar a las masas, pero no dejaba de sentir una cierta repulsión hacia ellas; tenía una concepción estética y por ende irra-

⁵² Cfr., GRIFFIN, Roger: *The Nature of Fascism*, op. cit., pp. 12-14 y 78-79

⁵³ Para la evolución personal del líder falangista, véase GIL PECHARROMÁN, Julio: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, 1996.

cionalista de la política, pero tenía prevenciones ante la demagogia y la apelación directa a lo irracional; preconizaba un Estado totalitario que integrara definitivamente a las masas, pero estaba tanto o más preocupado porque ese Estado fuera tan jerárquico como *ordenado*; quería una revolución nacional y social, pero no era precisamente un enamorado del plebeyismo fascista.

En el fracaso, como se sabe rotundo, del fascismo en la etapa republicana, tienen mucho que ver estas particularidades del fascismo joseantoniano. En especial el hecho de que, ausente en gran parte la necesaria componente plebeyista del fascismo, la gesticulación revolucionaria de los fascistas españoles resultará por completo insuficiente a la hora de atravesar las fronteras de clase, culturales y nacionales de la sociedad española. Mucho tuvo que ver también con esto el hecho de que el sector hegemónico del fascismo español, el representado por José Antonio Primo de Rivera, recordase a la desprestigiada dictadura de su progenitor, la cual había contribuido de paso a desvirtuar en sentido conservador la imagen del fascismo.

Más importante fue probablemente el hecho de que la propia *Falange Española* apareciese desde el principio extraordinariamente vinculada y, por tanto, escasamente diferenciada de la derecha española: había pactado con los monárquicos alfonsinos aún antes de su aparición pública en octubre de 1933 y dicha aparición se inscribió explícitamente en los actos de propaganda electorales de la coalición derechista en la que se había integrado. Es cierto que desde finales de 1934 y a lo largo de 1935 el partido se esforzó por desmarcarse de las derechas españolas acentuando su mensaje laico, su alejamiento de la monarquía, su radicalismo social y su carácter revolucionario⁵⁴. Pero tampoco esto le sirvió para asegurar una penetración significativa entre las clases populares. De modo que el fascismo español concluiría su etapa republicana en una patética oscilación entre la reivindicación de la más absoluta y radical independencia y su puesta al servicio como organización terrorista de esa derecha que por otra parte se denostaba.

Más allá, no obstante, de los propios problemas internos del fascismo español, conviene constatar la existencia de otros factores externos que contribuyeron a su aislamiento. El primero y fundamental de ellos tiene mucho que ver con las clases medias. Pero este es un problema que debe explicarse en términos exquisitamente políticos, sin recurrir, como decíamos más arriba, a ninguna clave modernizadora o referencia al atraso o inexistencia de las clases medias en España. Estas existían. El problema, si así puede llamarse, no era otro que el hecho de que aquellos sectores fundamentales de las clases medias susceptibles de ser atraídos por el fascismo, los más modernos y radicales, estaban políticamente ocupados por los republicanos —como en Francia— o por los nacionalismos vasco y catalán⁵⁵.

⁵⁴ SAZ, Ismael: «Tres acotaciones...», *op. cit.*

⁵⁵ Que el problema era de comportamiento político y actitudes sociales de las clases medias españolas fue constatado por dos de los políticos contemporáneos que prestaron más atención al problema del fascismo, Joaquín Maurín y Luís Araquistain. Así, el primero incidía, entre otras cosas,

Tampoco en esto hay ninguna gran peculiaridad española. En primer lugar, porque dado que el fascismo raramente consigue grandes apoyos sociales en los países occidentales, habría que convenir que la situación española en este punto se aproximaría a la pauta más generalizada. En segundo lugar, porque el comportamiento de las clases medias españolas, en su división entre fuerzas conservadoras y fuerzas republicanas, recuerda más que ningún otro el caso francés, sin que se advierta razón alguna por la que las clases medias españolas hubieran debido comportarse como las italianas o las alemanas. En tercer lugar, porque al igual que sucede en el país vecino la política de Frente Popular, en la medida en que supo reconstruir los puentes entre los partidos obreros y los republicanos de clases medias, desarrollar discursos interclasistas y nacionales, e integrar al sector de izquierdas del nacionalismo catalán, pudo contribuir a bloquear la radicalización en sentido fascista de sectores significativos de estos sectores sociales.

En suma, FE-JONS fracasó en su propio terreno, el radicalismo nacional y popular de las clases medias. Y este hecho sería decisivo porque le haría perder por añadidura buena parte de su potencial capacidad de atracción sobre las clases medias en su conjunto. Especialmente sobre aquellos otros sectores más conservadores que se veían perfectamente representados en los partidos de la derecha. Ciertamente, algunos de estos sectores conservadores experimentaron una radicalización en sentido anti-liberal y anti-democrático e incluso se sintieron fuertemente atraídos por la dimensión anti-revolucionaria del fascismo. Pero esa misma radicalización fue experimentada por los propios partidos de la derecha, los cuales supieron además adoptar aquellos aspectos del fascismo que resultaban más atractivos para sus seguidores. Al capitalizar así el prestigio del fascismo, los partidos de la derecha española consiguieron, como se verá a continuación, neutralizar en buena parte y durante mucho tiempo las posibilidades de crecimiento de *Falange*.

LA FASCISTIZACIÓN DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS

La hora de la democracia fue también, como se apuntaba más arriba, la hora del nacionalismo reaccionario español. Recogiendo toda la tradición cultural e ideológica a la que nos referíamos entonces, la de Maeztu, maurrasianos y mauristas autoritarios, este nacionalismo se agrupó ahora en torno a *Acción*

en el desprestigio causado a la idea de fascismo por la dictadura de Primo de Rivera, que lo «bordeaba», y en el hecho de que la pequeña burguesía española creyera aún en la democracia; y el segundo en que las clases medias españolas, semejantes en esto a las francesas y británicas, tenían un menor «complejo de inferioridad subjetiva» que las italianas o alemanas y estaban más predispuestas a integrarse en las organizaciones sindicales de clase. MAURÍN, Joaquín: *Revolución y contrarrevolución en España*, París, 1966 (1935), pp. 208-209; ARAQUISTAIN, Luis: «Condotieros y fascistas», *Leviatán*, Junio 1934, pp. 42-48.

Hispania, LXI/1, núm. 207 (2001) 143-176

Española, con el fin de articular una alternativa moderna, radical y contrarrevolucionaria a la naciente democracia⁵⁶. La hora de la República fue asimismo la del catolicismo político, estructurado por la CEDA, que debía hacer frente por primera vez al formidable desafío que suponía la configuración de un Estado decididamente laico y secularizador. El propio tradicionalismo pudo volver a desempeñar ese punto de referencia y atracción que había constituido siempre que se había experimentado un avance radical en dirección liberal o democrática⁵⁷.

Pero esa hora fue también y sobre todo el momento en que las derechas españolas experimentaron uno de los procesos más relevantes y generalizados del periodo de entreguerras, el de la fascistización de muchos sectores conservadores y reaccionarios⁵⁸. En el caso español, este proceso ha sido subrayado acertadamente por una larga tradición de protagonistas, observadores e historiadores⁵⁹. Y no es ocioso señalar que el alcance de este proceso de fascistización de las derechas españolas constituye el reverso del fracaso del movimiento fascista autóctono. Sobre todo porque estos sectores supieron capitalizar así, durante

⁵⁶ J. Félix de Lequerica había lamentado en 1927 la ausencia en España de «una escuela de pensamiento reaccionario moderno», como la del Integralismo portugués; algo similar hacía Vegas Latapie cuando se planteaba en 1931 «la necesidad inaplazable de fundar una escuela de pensamiento contrarrevolucionario a la moderna»; o Maeztu cuando ese mismo año se quejaba de que España hubiera «quedado al margen de ese gran movimiento intelectual reaccionario que caracteriza en el extranjero al siglo XX». Como puede observarse, en todas estas manifestaciones domina la idea de la posibilidad, y de la realidad, de la existencia en el siglo XX de un pensamiento a la vez moderno y reaccionario y contrarrevolucionario. Por otra parte, el lamento de la ausencia en España de una escuela de tal tipo no debe entenderse tanto como un desconocimiento de las tendencias europeas al respecto, no al menos por parte de quienes formulaban estas reflexiones y tantos otros que se han venido mencionando a lo largo de este trabajo, sino desde el punto de vista de la necesidad de la sistematización y divulgación de tales ideas. En suma, lo que se lamenta es la inexistencia de lo que en esos momentos se iba a crear, la sociedad cultural y la publicación *Acción Española*. En cierto modo, era el «politique d'abord» maurrasiano, hasta ese momento innecesario, lo que venía a invocarse con urgencia. Las referencias en RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange Española...*, op. cit., p. 76; del mismo, *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, 1997, p. 122; VILLACAÑAS, José Luis: *Ramiro de Maeztu...*, op. cit., p. 333. Véanse también los trabajos ya mencionados de Pedro Carlos González Cuevas, Raúl Morodo y J. Gil Pecharromán.

⁵⁷ Véanse los clásicos, MONTERO, José Ramón: *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*, Madrid, 1975; y BLINKHORN, Martín: *Carlismo y contrarrevolución en España*, Barcelona, 1979.

⁵⁸ Percepción que Ernst Nolte llevaba hasta el punto de considerar *Acción Francesa* como una de las «caras» del fascismo. *El fascismo en su época*, Madrid, 1967. Mucho más precisas las observaciones de Ph. Burrin acerca de los distintos grados y procesos de fascistización, en *La dérive fasciste*, op. cit., pp. 14 ss. R. Griffin, en fin *The Nature of Fascism*, op. cit., pp. 120 ss.— alude al mismo proceso, al que denomina «Para-fascismo».

⁵⁹ Véase, Ramiro Ledesma, *¿Fascismo en España?*, op. cit.; JIMÉNEZ CAMPO, Javier: *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, 1979; AGUILA TEJERINA, Rafael del: *Ideología y fascismo*, Madrid, 1982; ELORZA, Antonio: «Las variantes del fascismo (1931-1936)», en J. ANTÓN y M. CAMINAL (coords.): *Pensamiento Político en la España contemporánea, 1800-1950*, Madrid, 1992, pp. 988-1041; CHUECA, Ricardo L. y MONTERO, José R.: «El fascismo en España: elementos para una interpretación», *Historia Contemporánea*, 8, pp. 215-247.

mucho tiempo y en detrimento de la propia FE de las JONS, buena parte de la atracción que el fascismo ejercía sobre amplios sectores de las clases medias radicalizadas en sentido antidemocrático.

Fascistización quiere decir, en el sentido que aquí se utiliza, un proceso de adopción de aquellos componentes del fenómeno fascista que no entraban en contradicción con el núcleo fundamental de los discursos ideológicos, referentes políticos e institucionales o apoyos sociales de las distintas formaciones de la derecha. Un proceso cuyo alcance y profundidad dependía en buena parte de los puntos ideológicos de partida. Así, dicho proceso fue más superficial y de menos calado en los medios del tradicionalismo carlista. Estos apreciaron algunas de las innovaciones del fascismo en los planos de la táctica insurreccional y la capacidad para erradicar a los enemigos tradicionales e incluso llegaron a asumir ocasionalmente elementos del discurso socialmente radical del fascismo. Pero los frenos también eran poderosos, especialmente en todo lo relativo al estatismo fascista, la cuestión religiosa y la prevención hacia la dictadura.

Mayor calado tuvo la fascistización de la CEDA cuyas fuentes ideológicas eran próximas a las del tradicionalismo pero cuyo proceso de aproximación a la sociedad y la política modernas le situaba en mejores condiciones para aceptar determinados elementos de la modernidad fascista. El referente último era el mismo que el de los tradicionalistas, la religión y el Vaticano; como lo era la prevención fundamental: la “divinización” del Estado y la Nación. Pero el fascismo era un fenómeno digno de ser estudiado y aprovechado allí donde se había mostrado más efectivo. Esto es, en su capacidad para destruir el parlamentarismo, la democracia y el marxismo; para generar nuevas dinámicas y energías de movilización; y para proporcionar todo un vivero de experiencias y ejemplos de cara a la organización del futuro estado antiparlamentario.

Más radical aún fue el proceso en el caso de los monárquicos alfonsinos, del nacionalismo reaccionario y contrarrevolucionario de los hombres de *Acción Española*. No se trata, nuevamente, de que sus bases ideológicas fueran por completo diferentes de las de tradicionalistas y cedistas. Al fin y al cabo, el suyo era un neo-tradicionalismo racionalmente construido, y el referente religioso y la idea de la nación-católica era similar al de los anteriores. Pero la modernidad y coherencia de su radicalismo político haría que sus componentes tradicionalistas tuvieran un inferior papel de freno y les proporcionara una mayor capacidad y desenvoltura a la hora de asumir cuanto se consideraba de aprovechable en el fascismo. Carecían desde luego de cualquier tipo de prevención ante la dictadura; podían ir incluso más lejos que sus correligionarios franceses en la asunción de un mayor protagonismo del Estado en la esferas económica y social; y podían renunciar con más facilidad que ellos a toda tentación “regionalista”. Sobre todo, el modelo de Estado fascista —el italiano especialmente— parecía asumible casi en su integridad en su dimensión autoritaria.

En suma, la fascistización de las derechas españolas fue lo suficientemente profunda como para definir lo más parecido a un temario político e ideológico

que encontraría su más clara y apropiada plasmación en el franquismo. Entre todos los enemigos de la democracia republicana, los grupos más “modernos”, los nacionalistas reaccionarios fascistizados y los genuinamente fascistas, habían sido minoritarios hasta 1936. Pero el fracaso de la estrategia electoral de la CEDA y el alejamiento consecuente de toda posibilidad para la derecha de acceder legalmente al poder supuso dos cambios fundamentales. Por una parte, el fascismo español, *Falange*, se convertiría por primera vez de forma significativa en un punto de referencia fundamental para amplios sectores de las clases medias conservadoras. Por otra, dejó abierta la vía a la estrategia por la que siempre habían abogado los nacionalistas: el golpe de Estado. El fracaso o semifracaso de este último que dio paso a la guerra civil, otorgaría a nacionalistas fascistizados y fascistas un protagonismo del que hasta entonces habían carecido en gran parte.

APOGEO Y MISERIA DEL FASCISMO ESPAÑOL

La guerra civil, en efecto, lo cambió todo. La CEDA, arrastrando el desprestigio de su táctica legalista, desaparecería, corriendo así la misma suerte que había acompañada al catolicismo político en Italia (*Partito Popolare*) y Alemania (*Zentrum*). Mejor preparados para afrontar el reto de una guerra civil abierta, los tradicionalistas se convertirían pronto en el segundo gran partido de masas de la España nacionalista. No tardarían, sin embargo en perder peso político, en parte por su concentración geográfica, en parte por su imagen poco moderna y en parte por sus propias contradicciones ideológicas, las cuales coadyuvaban a la derrota de su componente “movimentista” y la imposición de su sector más ligado al *establishment* y las estrategias de los hombres de *Acción Española*⁶⁰.

Especialmente bien situados estaban los monárquicos alfonsinos. Su estrategia política se había basado siempre en el golpe de Estado militar. Habían desarrollado un cuerpo de doctrina política que les hacía tener una idea clara de lo que debería ser el *Nuevo Estado*. Como grupo que había apostado siempre por las élites sociales, económicas, religiosas, militares y culturales, constituía el mejor punto de referencia para los sectores conservadores del compromiso autoritario o coalición reaccionaria (militares, Iglesia, medios de negocios y alta burocracia)⁶¹. De aquí que pudieran desempeñar desde el principio un papel crucial en el *entourage* de la Junta de Defensa, primero, y del ya Generalísimo, después. Como se sabe, la propia elección de Franco tuvo mucho que ver con sus iniciativas y maniobras.

Pero los monárquicos carecían de masas. Y fue la Falange la que ahora pudo alcanzar por primera vez ese objetivo básico de todo movimiento fascista.

⁶⁰ Cfr. UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente*, Madrid, 1998.

⁶¹ Sobre el concepto de compromiso autoritario, véase BURRIN, Philippe: «Politica i societate. Les structures du pouvoir à l'Italia feixista i l'Alemania nazi», *Afers*, n° 25 (1996), pp. 485-510; también, SAZ, Ismael: «El primer franquismo», *Ayer*, n° 36 (1999), pp. 201-221.

Consecuentemente y contra lo que se suele apuntar, no fue la guerra civil la que hizo *innecesaria* a Falange sino que, justo al revés, fue la guerra civil la que hizo que el partido fascista se convirtiera por primera vez en España en un factor político de primer orden. Tenía al efecto muchas cosas a favor: la desaparición del gran partido de masas de la derecha, el prestigio de su enfrentamiento abierto con la II República y la persecución de que fue objeto por parte de los gobiernos del Frente Popular; la propia dinámica de la guerra civil convertida progresivamente en una guerra de masas; una mística de la violencia extraordinariamente adecuada para tal circunstancia; un lenguaje moderno y revolucionario atractivo para ciertos sectores de las clases medias radicalizadas pero modernas; e incluso la combinación puramente fascista entre el protagonismo en las operaciones de limpieza política y las apelaciones a la revolución nacional y social pudo atraer a su seno tanto a reaccionarios ávidos de venganza como a viejos militantes obreros más o menos aterrorizados⁶². Además, a diferencia de los tradicionalistas, Falange tenía la ventaja de su implantación relativamente homogénea en todo el territorio sublevado.

Todo esto hacía de Falange el partido más fuerte de la España nacionalista. Pero el partido fascista español tenía también sus limitaciones. Por una parte, la mayoría de sus líderes históricos habían muerto en los primeros meses del conflicto y la formación doctrinal y presencia pública de los que quedaron no eran, precisamente, las más idóneas. Por otra parte, el partido aparecía cantonalizado, con diversos focos de poder provincial escasamente coordinados. Aunque se dotó de una Junta de Mando y una jefatura provisional, ostentada por Manuel Hedilla, pronto se hizo patente la división entre los seguidores de este y los *legitimistas*, aglutinados en torno a Pilar Primo de Rivera y opuestos a un liderazgo único. No eran estas las mejores condiciones para un partido ya en gran parte de aluvión y que habría de soportar pronto las pruebas esenciales.

Naturalmente, Falange no hacía secreto de sus objetivos. Desde una línea de aceptación de la indudable primacía de los militares, apostaba por “heredar” el poder para construir en tanto que fuerza hegemónica un Estado plenamente fascista y totalitario. Sólo que sus adversarios —“las derechas”— tenían también sus propios objetivos. Los monárquicos nacionalistas, en concreto, desde una apuesta decidida por el poder militar esperaban a su vez “heredar” el poder político en la forma de una Monarquía que siguiese las líneas de un Estado autoritario como el que mencionábamos más arriba. Por último, los carlistas querían imponer su Monarquía tradicional.

Para todos, Franco se había convertido en el punto de referencia ineludible, aunque en ninguno de los casos parecía reservársele un futuro especialmente esplendoroso. Pero Franco tenía sus propias pretensiones y, como se sabe, supo aprovechar la fuerza que los distintos adversarios le reconocían y atribuían para

⁶² Cfr., RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de Falange Española de las JONS*, op. cit., pp. 245-282.

incrementarla y asegurar su dominio sobre todos ellos⁶³. No otra cosa significó de hecho el proceso que condujo a la unificación de falangistas y tradicionalistas, con el añadido posterior de *Acción Española*, en *FET de las JONS*⁶⁴. Una unificación, desde afuera, por arriba y por decreto, que arrambló con la vieja dirección de Falange, integró sólo a los sectores más colaboracionistas del tradicionalismo, reforzó el caudillaje franquista y situó el partido ahora unificado en una línea de absoluta subordinación al Jefe del Estado. Esto suponía el fin del partido fascista autónomo e independiente. Pero no del partido como tal ni de su proyecto fascista. Por una parte, fueron los falangistas los que casi monopolizaron la nueva entidad y, por otra, el propio Franco empezó a descubrir en ellos, privados ya de toda base autónoma de poder, a sus más fieles apoyos. Consecuentemente, el proceso de fascistización en curso, lejos de detenerse se aceleró⁶⁵. Era un proceso en el que de algún modo se sentían a gusto los falangistas que todavía aspiraban a su culminación en clave inequívocamente fascista, y los nacionalistas fascitizados que creían tener todavía controlada la situación.

Las espadas seguían pues en alto. La II Guerra Mundial y los éxitos arrolladores de la Alemania nazi ayudaron a una ulterior agudización del proceso de fascistización en curso. Así parecía confirmarlo la existencia de una legislación crecientemente inspirada en la de las potencias fascistas, aunque no sólo en ellas; el desarrollo de un partido cuya afiliación se contaba por cientos de miles y con una estructuración, sobre el papel, perfecta; el crecimiento de unas organizaciones de masas, como el Frente de Juventudes, la Sección Femenina o la propia Organización Sindical, que parecían hacer realidad el objetivo fascista de la penetración capilar en la sociedad; la prepotencia de un Serrano Suñer que se presentaba como portavoz de Falange y segundo en la Jerarquía del Estado y controlaba los ministerios de Exteriores y Gobernación; y la dirección por fascistas radicales, como Manuel Tovar y Dionisio Ridruejo de la prensa, la propaganda y la censura. Podría decirse que el régimen había alcanzado el ápice en su línea de fascistización y que su fachada era ya por completo, o casi, fascista.

Sin embargo, en la realidad las cosas eran muy distintas. No tanto y no sólo porque desde el principio algunas áreas clave como la educación, la economía, la justicia o los ministerios militares habían sido cuidadosamente mantenidos a salvo del control falangista. Sino también porque los afanes totalitarios de Falange estaban enfrentándose a fortísimas resistencias por arriba y por abajo. Por arriba, de los sectores más conservadores del compromiso autoritario, esto es, la Iglesia, los militares y los propios monárquicos. Por abajo, de amplios sectores sociales, incluso de los identificados con los vencedores que responsabi-

⁶³ Para esto y todo lo relativo a la figura de Franco, véase PRESTON, Paul: *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, 1994.

⁶⁴ Véase especialmente, THOMAS, Joan Maria: *Lo que fue la Falange*, op. cit.

⁶⁵ Cfr., TUSELL, Javier: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, 1992, especialmente pp. 340 ss.

lizaban al partido de todo sus males y que hacían de Falange la institución más impopular del régimen.

Paradójicamente, los más conscientes de esta diferencia radical entre la fachada y la realidad eran los propios falangistas. Los cuales lanzarían, precisamente por ello y conscientes de que el desarrollo de la guerra mundial les favorecería, su primera y de hecho última ofensiva, en mayo de 1941⁶⁶. Se trataba simplemente de hacer realidad de una vez por todas aquella fachada totalitaria. Pero perdieron y hubieron de renunciar para siempre a todo proyecto fascista. Entre mayo de 1941 y agosto de 1942, los falangistas radicales y el propio Serrano Suñer perdieron el control de los ministerios de Gobernación y Exteriores, de la prensa y la propaganda, de los Sindicatos y del propio partido. El partido mismo entró en una línea de desfascistización, a la vez real y retrospectiva, que desde el pretexto de evitar las influencias *extranjerizantes*, es decir, fascistas, acentuó sus rasgos católicos y tradicionalistas⁶⁷. Era el fin de la Falange fascista.

Pero no era el fin de la Falange. Subordinada ahora directamente y sin intermediarios a la figura de Franco y carente de todo proyecto autónomo, resultaba más necesaria que nunca para el dictador, aunque sólo fuese a modo de contrapeso ante las previsibles presiones de los demás integrantes del compromiso autoritario. De ahí que durante unos años el partido siguiese creciendo en militancia, sus organizaciones de masas se revigorizasen e incluso su presencia en el gobierno resultase reforzada. Pero esta no era ya la Falange fascista, sino un partido franquista, que, como había sucedido ya en parte en 1937, obtenía en parcelas de poder, gigantismo burocrático y creciente parasitismo la adecuada compensación a su ya absoluta subordinación al Jefe del Estado⁶⁸.

No otra suerte iban a correr, por otra parte, algunos de los monárquicos que al calor del cambio de signo de la guerra mundial creyeron llegado el momento de imponer plenamente su propia alternativa monárquica. Jugaron otra vez la carta militar, esta vez contra Franco, y perdieron. El resultado fue que Franco

⁶⁶ Sobre la vinculación entre la política interior española y la II Guerra Mundial, véase especialmente, TUSELL, Javier y GARCÍA Y QUEIPO DE LLANO, Genoveva: *Franco y Mussolini*, Barcelona, 1985 y PRESTON, Paul, *Franco...*, *op. cit.*, pp. 404-663. Sobre las tensiones internas, FERRARY, Álvaro: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos*, Pamplona, 1993, y CHUECA, Ricardo: *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, 1983. Pueden verse también informaciones de gran interés en PALACIOS, Jesús: *La España totalitaria. Las raíces del franquismo: 1934-1946*, Barcelona, 1999.

⁶⁷ Lo de las influencias extranjerizantes, en SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Franco: Crónica de un tiempo. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial. Desde 1939 hasta 1945*, Madrid, 1997, p. 318

⁶⁸ Podría hablarse hasta cierto punto de una fascistización del revés: aquella por la que el partido pasaba de fascista a desfascistizado. A «partido único posfascista», según Stanley G. Payne —*Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, 1997, p. 703. Sobre el parasitismo falangista, véase, PRESTON, Paul: *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, 1997, pp. 183-206.

había conseguido hacia 1943-44 independizarse por completo o, mejor, subordinar por completo a las dos piezas esenciales de su régimen, el partido y el ejército.

LA DICTADURA: UNA SÍNTESIS PERFECTA... Y PERFECTAMENTE MODERNA

A la altura de 1945 el régimen había alcanzado una estabilidad sustancial. Quedaba sólo llevar a cabo algunas operaciones cosméticas en la línea de la desfascistización y esperar a que amainasen la presión internacional y la interior. Nada de cuanto se hizo entonces, sin embargo, supuso un cambio sustancial respecto de la situación anterior. El nuevo papel desempeñado por la Iglesia y el discurso de la unidad católica de la nación española estaba inscrito en el discurso de *Acción Española* y no había nada de incompatible con él ni en las Cortes corporativas ni en la Ley de Sucesión. Más aún, la proclamación del carácter de reino del Estado español resultó más que suficiente para la mayoría de los monárquicos españoles. La desfascistización resultó tan cosmética y de fachada como lo habían sido algunos de los extremos más aparatosos del proceso anterior. Por ello mismo no fue, en absoluto, completa. El régimen seguía configurado desde una estructura jerárquica, centralista y uniformizadora que apenas dejaba espacio al más inane regionalismo. La represión, aunque progresivamente menor, no desapareció nunca y se mantuvo bajo los mismos esquemas y principios punitivos. Las relaciones laborales y sindicales se mantuvieron en los mismos términos previamente adoptados. La presencia estatal en la economía siguió siendo extraordinariamente alta.

Aunque relegado un tanto cosméticamente a un segundo plano en 1945 con la desaparición de la cartera ministerial de la Secretaría General del Movimiento, el partido único no desapareció. Más aún, cuando el régimen se sintió lo suficientemente fuerte, en 1951, se volvería a la situación anterior. Además, mantuvo el control sobre las principales organizaciones de masas del régimen. No era ya un partido fascista y por eso mismo lejos de constituir peligro alguno para el dictador se había convertido en el más leal de sus apoyos. Como el propio Franco diría por estas fechas, Falange era un instrumento eficaz para la reforma social, el control de la oposición, la educación de la opinión, la organización de las manifestaciones de adhesión y, en su caso, el desvío hacia sí misma de las críticas que de otro modo irían hacia el Gobierno. Lejos de desaparecer, como pedían católicos o militares, una Falange “abierta a todos” habría de tener en sus manos toda la actividad política⁶⁹.

A grandes rasgos, este fue el equilibrio sustancial que se mantuvo hasta los últimos años cincuenta cuando algunas grietas importantes desde el punto de vista económico, social, político y cultural empezaron a detectarse. Y podría afirmarse que los cambios de 1957-1962, fundamentales desde todos los pun-

⁶⁹ Cfr., TUSELL, Javier: *Franco y los católicos*, Madrid, 1984, pp. 57-58.

tos de vista, lo fueron también en la línea de la desfascitización. Pero ello era válido sólo para aquellos sectores, como los tecnócratas del Opus Dei apoyados en Carrero Blanco, que estaban más directamente relacionados desde el punto de vista ideológico con el viejo nacionalismo de Maeztu y *Acción Española*. En cierto modo, podría decirse incluso que la operación de la LOE y la designación de Juan Carlos como sucesor a título de rey suponían la culminación y coronación de un proceso que implicaba sencillamente la plena realización de los objetivos del nacionalismo español, de *Acción Española*⁷⁰.

Es evidente, sin embargo, que los tecnócratas no estaban en modo alguno solos. Y que su propio éxito acarreó una reacción política que vino a demostrar que sectores fundamentales del régimen que no se habían desfascitizado jamás seguían teniendo la suficiente fuerza y poder para bloquear cualquier iniciativa que apuntara, siquiera mínimamente, en una línea aperturista. De ahí la crisis final de la dictadura, presidida por la incapacidad de avanzar resueltamente en dirección alguna, preñada de avances y retrocesos, con una clase política dividida y en proceso de descomposición y una vuelta a algunas de las características más sobresalientes de treinta años atrás, tales como la represión masiva y el recurso a las penas de muerte. Todo ello sombreado por la parafernalia que acompañó al patético discurso, altamente fascistizado, con el que Franco se “despidió” de los españoles.

Puede decirse, pues, que la suerte del fascismo español quedó definitivamente sellada entre 1941 y 1945, periodo en el que Falange perdió su carácter fascista. Con posterioridad a estas fechas los sectores genuinamente fascistas que siguieron funcionando en condiciones que iban de la semi-institucionalidad a la oposición, pasando por la semi-legalidad y la semi-oposición, volvieron a ocupar el lugar relativamente marginal que había tenido en su día el partido de los padres fundadores. Como seguirían haciéndolo en el futuro a la espera del surgimiento de los nuevos, múltiples y confusos grupos neofascistas actuales⁷¹.

Pero esta desaparición del fascismo como núcleo ideológico esencial del partido único de Estado, no debe confundirse con la de la influencia del fascismo en España. Ésta se mantuvo con la permanencia decisiva en posiciones de poder de la derecha nacionalista fascistizada y de la propia Falange. Esta última, convenientemente «nacionalizada» y absolutamente subordinada a Franco, se confirmó como uno de los pilares fundamentales del régimen. De este modo, algunos de los legados del fascismo se mantuvieron hasta prácticamente el momento mismo de la desaparición física del mayor fascistizado y dictador epónimo. En este sentido puede decirse que como dictadura fascistizada —y no como dictadura fascista—, el franquismo constituyó el mejor y más duradero legado de aquel

⁷⁰ Cfr., PAYNE, Stanley G.: *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, 1987, p. 564.

⁷¹ ELLWOOD, Sheelagh, *Prietas las filas. Historia de la Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, 1984; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Historia de la Falange Española...*, op. cit.; del mismo, *La extrema derecha española...*, op. cit. También, CASALS, Xavier: *La tentación neofascista en España*, Barcelona, 1998.

Benito Mussolini que a la altura de 1930 profetizaba la existencia de una Europa fascista o fascistizada.

Fascistización quiere decir también que el núcleo ideológico de la dictadura se hallaba en un lugar distinto al fascismo, en el nacionalismo contrarrevolucionario de matriz genérica maurrasiana. A este núcleo ideológico se le ha llamado acertadamente nacional-catolicismo. Pero conviene tener en cuenta que ese nacional-catolicismo que tenía una sólida trayectoria y profundas raíces autóctonas no pasaba de ser la manifestación española de un fenómeno mucho más amplio de alcance europeo, el de la llamada derecha radical que no era otra cosa que el nacionalismo contrarrevolucionario. También se podría decir aquí que, en cierto sentido, la dictadura española constituyó el más feliz y duradero legado de Maurras.

Nacionalistas o nacional-católicos fascistizados y fascistas «nacionalizados» constituyen por tanto el núcleo de una de las dictaduras más prolongadas y brutales del siglo XX. Nada había de arcaico o pre-moderno en los orígenes de todo ello, aunque sí en los objetivos. De ahí su terrible efectividad a la hora de hacer retroceder el tiempo histórico de los españoles. Tanto el nacionalismo como el fascismo españoles habían tenido sus propias peculiaridades, sus propias singularidades, como singular fue la propia síntesis resultante. Pero en el fondo y en última instancia podría afirmarse que la mayor singularidad la constituyó el hecho de que esa síntesis se hubiese producido en España desde la base de una combinación específica de las dos grandes corrientes del nacionalismo anti-liberal que se habían empezado a formular, en España como en Europa, con el cambio de siglo. Definitivamente, las fuentes de nuestra dictadura fueron plenamente, modernas, europeas y *normales*. Lo que, ciertamente, la hizo más efectiva, y más atroz.